

SUMARIO

GLORIA DE LA INFANTERIA ESPAÑOLA EN LAS CINCO PARTES DEL MUNDO:

- En Europa, por Ernesto Giménez Caballero. Página 3.
- En Africa, por L. M. Página 4.
- En América, por José María García Escudero. Página 5.
- En Asia, por José Manuel Contin. Página 6.
- En Oceanía, por Manuel Ballesteros Gaibrois. Página 7.
- Galería de Grandes Capitanes de la Infantería española, por Luis Alonso Luengo. Páginas 8 y 9.
- La Infantería y su evolución histórica, por el comandante Pérez de Lema. Página 10.

- Falanges, Legiones y Tercios, por Felipe Sanfeliz. Página 11.
- La Infantería en la Guerra de Liberación, por Pablo Alvarez de Lara. Página 12.
- La táctica de la Infantería en el período de automatismo, por Emilio Torrente. Página 13.
- El armamento de Infantería, por Nemesio Barrueco. Página 14.
- Los carros de combate en las acciones de guerra, por el comandante Agulla. Página 15.
- Una vez la Infantería: División Azul, por Rafael García Serrano. Página 16.
- Dibujos y viñetas de Tauler, Eguía, Gabriel y De la Riva.



Una nave de los talleres de San Carlos, de la Sociedad Española de Construcción Naval

BANCO ESPAÑOL DE CREDITO

Domicilio social: MADRID — Alcalá, número 14 — 370 Sucursales en la Península y Marruecos —

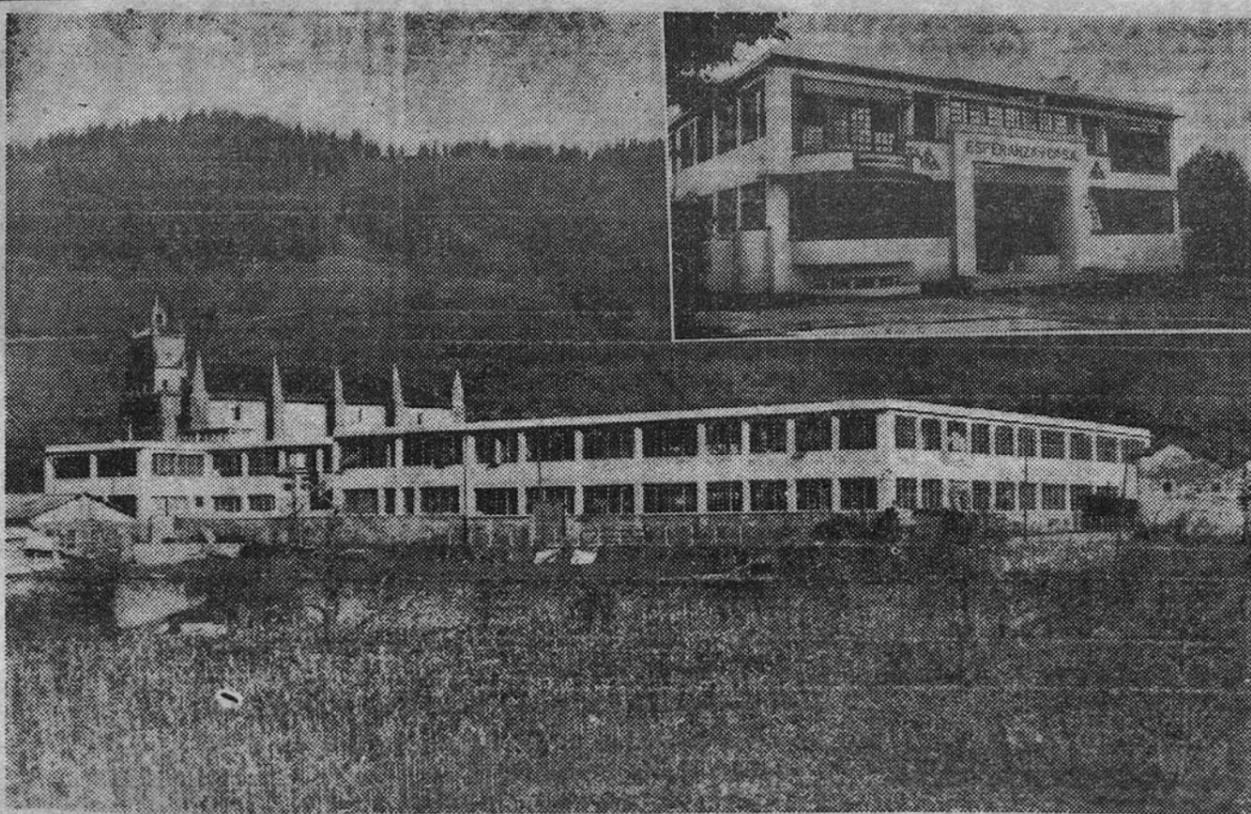
Capital autorizado 200.000.000,00 pesetas
 Capital desembolsado 125.000.000,00 —
 Reservas 98.226.922,33 —

SUCURSALES URBANAS EN MADRID:

GLORIETA DE BILBAO, 6
 GLORIETA DE ATOCHA, 8
 CONDE DE ROMANONES, 6
 VELAZQUEZ, 29

Ejecuta bancariamente toda clase de operaciones mercantiles y comerciales

ESTA ESPECIALMENTE ORGANIZADO PARA LA FINANCIACION DE ASUNTOS RELACIONADOS CON EL COMERCIO EXTERIOR



Vista general de los talleres de la Sociedad Esperanza y Compañía, S. A., en Marquina (Vizcaya), destinados a la fabricación de material de guerra en su especialidad de morteros y granadas reglamentarias.

SI REDACCION
 ADMINISTRACION
 Y TALLERES DE
 "ARRIBA"

Especialidad en gorras de uniforme para
 el Ejército y Armada
CASA YUSTAS
 Exportación a provincias
 Ventas al por mayor y menor
 Plaza Mayor, 30. Teléfono 25242. MADRID

REDACCION,
 ADMINISTRACION
 Y TALLERES DE
 "ARRIBA"

Larra, 8 - Teléfono 32610

Gloria de la Infantería Española en las cinco partes del mundo

EN EUROPA

Por GIMENEZ CABALLERO

Al ver atravesar por Francia mis camaradas de la División Azul camino de Alemania; al verlos en Alemania camino de Rusia; al encontrarlos, convalecientes en algún hospital italiano; y, luego, aquí tornados a España (camisa azul, boina colorada, traje militar y un distintivo imperial del Führer sobre el pecho)—me he preguntado siempre: "¿Estamos en tiempos de Garcilaso y Carlos V?" "¿No es esta, otra vez, la Edad de Oro (un Pastor y una Grey solo en el suelo)—concedida por el cielo a la Infantería española?"

Porque una cosa es cierta: IMPERIO e INFANTERÍA ESPAÑOLA son siempre, como sinónimos, en Europa.

Existió la Infantería española—la leal infantería ceitibérica—cuando existió el Imperio antiguo (el Romano y el Visigodo).

Dejó de existir casi en la Edad Media (salvo la tradición almogavar)—cuando el Feudalismo antiimperial introdujo la Caballería como elemento decisivo de aquellas guerras de partidas, de partidos y castillos.

Volvió a existir Infantería en el Renacimiento del Imperio: siendo España, otra vez, la creadora de los mejores Tercios, bajo el mando inspirado de Gonzalo de Córdoba, según reconocieron desde Maquiavelo a Guicciardini, al calificar de "incomparables a nuestros infantes y de "habilísimos para la defensa y los asaltos".

Con la nueva Edad Media que fué el "Romanticismo democrático" (siglos XVIII al XX)—la Infantería española dejó de prevalecer otra vez, dando paso a las reformas suecas de Gustavo Adolfo, a los fusileros de Luis XIV y a los granaderos de Federico II. Quedando nuestros soldados, como tropilla colonial y modesta—aunque siempre heroica—(ros y traje de rayadillo) para Cuba, Filipinas y el Barranco del Lobo.

Se ha necesitado que la Democracia liberal quedase invalidada por las nuevas ideas totalitarias de Imperio, para que—a este renovado conjuro imperial—resurgiese renovada, portentosa y magnífica la Infantería española por Europa.

Cuando en Alemania me hablan del general Muñoz Grandes y de mis camaradas—¡creedme, que los ojos se me humedecen de orgullo! ¡Los nuevos TERCIOS de España!

¿Quién hubiera pensado esta transformación como repentina y milagrosa? ¿Quién hubiera imaginado que aquel paisa de nuestra guerra civil iba—imediatamente tras la victoria—a cuajar el más excelente infante de Europa otra vez? Como en los tiempos de Nápoles, del Milanesado, de Flandes, de Lepanto y Berbería. ¿Quién lo hubiera dicho—si no hubiese sido uno mismo. ¿Os acordáis—queridos camaradas españoles—que hace diez años os lo profeticé en "Genio de España"? "Pensad—dije yo entonces, 1932—que aquellos españoles que saltaron con salto de tigre sobre el mundo, no conocían más que el campanario de su pueblo. Al final del siglo XV España—tras las guerras civiles—era un país

de gentes que se había pasado los siglos pegándose con los moritos... Y, sin embargo, de un salto esa España se vuelca sobre Europa, América, África y Oceanía. Y las conquistas. Y llega a civilizar continentes. Y española a Europa."

Así ahora... En Rusia saben ya quiénes son los infantes de Franco. Las tropas del Eje y sus aliados también lo saben. Y lo saben en un momento en que los nombres más tremendos de nuestra Edad de Oro militar vuelven a resonar en la Historia: ¡Luzé! ¡Argel! ¡Orán! ¡Francia! ¡Los corsarios!

Muchas veces leyendo los artículos e impresiones de nuestros camaradas de la División Azul me parece como leer las Memorias imperiales de Alonso de Contreras, de Miguel de Castro, de Félix Nieto de Silva...

Si queréis saber lo que fué la Infantería española en Europa durante nuestra Edad de Oro—no os leáis los Tratados de Arte militar—aunque sea muy conveniente—de un Ayora o un Diego de Salazar. Leerlos los Poemas de nuestros soldados. O los hechos de nuestros poetas. Porque entonces no había—como hoy no vuelve a haber—diferencia entre "lo militar" y "lo intelectual". El hombre español vivía integralmente, con sentido "existencial y totalitario" de la vida. Pluma y mosquete, espada y péñola—constituían iguales armas de combate, como de nuevo vuelve a sucedernos en España. La guerra hoy, como entonces, ha hecho ver que en los militares profesionales hay tesoros de poesía, de humanidad y de cultura. Así como en los hombres espirituales—que voluntariamente van al servicio de las armas—también había un fondo insospechado de virtudes heroicas y morales.

Hay que leerse los dos espléndidos volúmenes—¡que saben a poco!—sobre la "Poesía heroica del Imperio" (Editora Nacional) compaginados por Rosales y Vivanco—para tener un panorama claro y terminante de lo que fué la Infantería española en Europa y en el mundo.

Imprecaciones que parecen de hoy sobre Francia, Inglaterra, sobre el Oriente. Exaltaciones de nuestros soldados que parecen "Ordenes del Día" y citaciones de Franco o del Führer...

Recuerdo—ante todo—aquella Defensa de la Infantería española de Cristóbal de Virues frente a los que querían olvidar, burguesamente, su función sublime:

¿A quién llamáis así, gente plebeya?
¿A quien da reinos, cetros y coronas
¿A quién así llamáis, a quien se emplea
en guardaros haciendas y personas
de vuestras ambiciones perseguidas?"

Y recuerdo también aquel soneto de Fernando de Herrera, donde en 14 plumazos hace el Atlas europeo de la Infantería de España:

"Estos que al impio Turco (hoy diría: Ruso) en cruda al Moro, al Anglo, y al Escoto airado [guerra vencen... Y al dudado Francés y al Belga en su cercada tierra. Y los Estrechos que el mar hondo encierra. Bien muestran en la gloria de sus hechos que son tus hijos ¡oh felice España! honra del alto Imperio de Occidente.

Y Cervantes—no el del Quijote—sino el de las Canciones a la Armada Invencible, dejaría también el retrato impecadero de la España militar e infanteña:

"Madre de los valientes de la guerra
archivo de católicos soldados
crisol donde el amor de Dios se apura
tierra donde se ve que el cielo entierra
los que han de ser al cielo trasladados
por defensores de la fe más pura
¡oh España, madre nuestra!"

Cervantes como Balbuena, como Rey de Artieda, como el Capitán Aldana hablan de luceros y de Fe y de falanges y de banderas victoriosas tremolando y de una Edad de Oro.

Por eso nuestra Infantería tuvo grandes envidias y de-tracciones en el enemigo. Que inventó aquello de las Rodomontadas y del Capitán Rajabroqueles... Es cierto que nuestra Infantería pudo hacerse, a la postre, farrona, pendenciera, mendicante y vergonzante. Pero fué cuando la Decadencia cayó como una negra noche sobre España. Cuando el ex combatiente se le comenzó a olvidar, a preterir y aun a denostar. Haciendo que se encanallase y formase bandas de pícaros y maleantes.

El propio Cervantes, ¿no fué el mejor ejemplo de eso? Un héroe como él en Lepanto y Argel ¡condenado a la mierda, al estraperlo y a la cárcel! Y obligado a escribir Don Quijote para curarse—irónicamente, de ilusiones, de aquellas divinas ilusiones forjadoras del Imperio, nacidas en las almas heroicas por las lecturas de Amadís y de los Romances de Caballerías.

Nuestra nueva Infantería española ha nacido también al ensueño de ilusiones y romances heroicos: con modelos de perfectos Amadises como José Antonio.

¡Que nadie intente desmoronar en nuestros Combatientes y Mutilados tales divinos ensueños, manchándolos con el Desengaño y el Desencanto! ¡Atrás toda melancolía y decepción!

Camaradas: la nueva Infantería española no ha hecho sino nacer, alborar, prepararse. La Edad de Oro falta todavía. ¡Y hay que ir a su conquista!

¿Quién dijo cansancio? En el horizonte se alza otra vez el sol de las grandes horas: la gloria de hechos inmortales: la dulce y arrebatadora palabra de ¡IMPERIO!

¡Infantería española! ¡Por Dios y por España: ¡en pie y en marcha!



NUESTRA INFANTERIA EN TIERRAS DE AFRICA

Si a tantas tierras del mundo ha llevado la Infantería española el lustre y honor de nuestras armas, en ninguna como en las de África ha dejado impresión más patética de heroísmo, abnegación y sacrificio.

Las gentes que hoy bogamos por el mar sin límites de la media edad y que hemos acogido entre nuestros recuerdos como cosa todavía viva los recuerdos de nuestros padres, abarcamos tres etapas de la acción española en Marruecos: la de las campañas del 60 y del 93, con su O'Donnell y su Martínez Campos; la de 1909, con su general Marina y su general Pinto, y la de 1921, a la que fuimos llamados como reclutas...

En qué ciudad española, en qué familia no hay recuerdos aún vivos de aquella campaña del 60 y de sus heroicos batallones de Cazadores? Una crónica nobilísima tiene esta campaña: el «Diario de un testigo de la guerra de África», de D. Pedro Antonio de Alarcón. El autor de «El sombrero de tres picos» fue soldado raso de un batallón de Cazadores, asumiendo en su personalidad ese doble carácter de escritor y de soldado de tanto abolengo en nuestra Historia. La guerra del 60, aunque afectase un aire de cruzada que no guardaba proporción con sus inmediatas causas ni con sus consiguientes resultados, produjo el efecto salvador, dentro de España, de aventar, siquiera temporalmente, los miasmas de una mezquina política enojosamente litigiosa y partidista, angosta y antinacional, unificando las voluntades españolas en el derrotero común de una empresa patriótica. Es el resurgimiento de un ideal preterido y olvidado el que hace escribir a D. Pedro Antonio de Alarcón en el prólogo de su libro: «Cuando mis inclinaciones individuales principiaron a convertirse en aspiraciones colectivas y a dilatarse por el horizonte político, ya no fué mero despo de cumplir una peregrinación romántica lo que me llevó a soñar de nuevo con la cercana Morería, fué el convencimiento de que en África estaba el camino de aquella verdadera grandeza nacional que los españoles perdimos...; fué el ver tan claro como la luz del sol que la política exterior de la nación española debía reducirse a una constante expansión material o moral, guerrera o política, comercial o religiosa, civilizadora, en una palabra, hacia aquel continente que se percibía desde nuestras costas, y en el que ya teníamos asentada la planta; fué, por último, el temor de que, en otro caso, Francia o Inglaterra, o las dos juntas, nos arrebatasen esa misión providencial, dejándonos bloqueados entre los mares y el Pirineo y privados de todo horizonte en que desenvolver la actividad de nuestro pueblo, que no siempre ha de estar condenado a destrozarse en guerras civiles.» Por fortuna, a través de todas las etapas de nuestra vida nacional corre, más o menos oculta, aunque siempre circulante y viva, la vena fluvial de nuestro irrenunciable mensaje, el mandato de nuestro viejo y glorioso destino. Es como el «ceje diamantino», como la medula de una personalidad nacional, que ninguna calamidad o desventura, ni las que los propios españoles se buscan, a las veces, podrá abatir ni torcer. Que en África estaba el camino de aquella verdadera grandeza nacional que los españoles perdimos lo prueba el ahínco que la gran Reina Isabel la Católica puso en aquella cláusula de su testamento, tantas veces recordada a este propósito, y que ordena a todos los reyes sus sucesores «no cejen de la conquista de África y de pelear por la fe contra los infieles». «La política de España en África—dice el Sr. García Figueras en su obra «Marruecos»—tenía que ser la lógica continuación de la Reconquista, y cita este juicio del «Idearium español», de Ganivet: «La política de Castilla era africana o meridional, porque la toma de Granada y la terminación de la Reconquista no podía ser el último golpe contra los moros; entonces estaba aún pujante el poder musulmán, y debía temerse una nueva acometida, pues el mahometismo lleva en sí un germen de violencia que hoy parece extinguido y mañana reaparece encarnado en un pueblo más joven y de nuevo le da calor y vida; y, aparte de esto, era lógico que la respuesta se acomodase a la agresión, que no terminara en nuestro suelo invadido, sino que prosiguiera en el territorio de nuestros invasores.» «La política africana era muy natural después de terminada la Reconquista, y si a ella hubiésemos consagrado todas las fuerzas nacionales, hubiéramos fundado un poder indestructible, tanto porque nacía lógicamente de nuestra historia medieval cuanto porque no hubiera chocado con los intereses de Europa.»

Ya en tiempos de la Reina Católica,

Santa Cruz de Mar Pequeña y Mellilla (1497) habían venido a manos españolas. Sólo habían transcurrido cinco años de la conquista de Granada. Se hacía preciso salvaguardar las costas meridionales de España de la acción de la piratería berberisca. El Cardenal Cisneros fué el primero que, con la conquista de Mazalquivir y Orán, comenzó a cumplir, contra viento y marea, las disposiciones testamentarias de la gran Reina. ¿Cómo no fué encargado Gonzalo de Córdoba de asumir el mando de los expedicionarios? Como el Rey viudo, D. Fernando, apoyase su indecisión en esta empresa con el testimonio de sus arcas exhaustas, el Cardenal corrió con los gastos de la expedición. Cisneros significa el punto de partida de la consolidación de nuestro poder en Marruecos. Capitaneó las huestes expedicionarias, a las órdenes inmediatas del Cardenal, Pedro Navarro, extraña mezcla de aventurero discolo y aguerrido militar. Es muy interesante la relación de lo que Navarro pidió a Cisneros para iniciar la expedición: «10.000 soldados de picas y cósceletes, 8.000 escopeteros y ballesteros, 200 azadoneros, con picas, palas y azadones; 2.000 hombres de a caballo (500 de armas y los demás jinetes) y 200 escopeteros de a caballo. Para su mantenimiento y transporte pidió 20.000 toneladas de navíos; diez galeras, y en ellas, 15.000 quintales de bizcocho, 2.000 fanegas de cebada para los caballos, 1.600 botas valencianas de agua para beber, 1.200 quintales de carne salada, 500 de queso, 600 de pescado cecial, 800 barriles de sardina anchoa, 300 botas de aceite, 700 de vinagre, 300 fanegas de sal y 500 botas de vino, con toda la artillería ordinaria

que conviniese para 150 velas y diez galeras, y con especialidad cuatro cañones gruesos, dos pedreros, seis gerifaltes y cuatro culebrinas de desembarque, con el repuesto necesario de plomo para balas, pólvora sin cuento, hierro, herramientas, picas, cósceletes, escopetas y 700 acémilas para las municiones y servicio del Real.» (P. Fernández de Retana: «Cisneros y su siglo.»)

El heroico y animadísimo relato de la ocupación de Orán (Cartas de Cisneros) está recogido por Sánchez Albornoz en sus «Lecturas de Historia de España», y descúbrese en él la acción asombrosa de la Infantería española sobre el recinto de Orán, que es tomado por asalto hasta los mismos adarves, a golpes de pica y cuchillo. Distingúronse en esta acción especialmente los aguerridos tercios de Italia. Conocidas son, por constituir elementales lecciones de Historia de España, las empresas de Carlos V sobre la Goleta y Túnez, las victoriosas empresas de Don Juan de Austria y los reveses de Felipe II, poco afortunado en las campañas africanas. Pero la anexión de Portugal a la Corona de España, llevada a cabo por este Rey, le lleva a la posesión de los dominios, entonces portugueses, de las plazas de Ceuta, Tánger, Mazagán, Mogador. La decadencia de España se manifiesta por la subordinación de la empresa de África (y en general de todas las empresas exteriores) a los pleitos y querrelas internas, que pasan al primer plano de la atención pública y estatal. Durante el reinado de Carlos IV se abandonaba Orán y Mazalquivir. En contraste con la orientación de la política exterior de nuestros compatriotas, Francia e Inglaterra

se interesan vivamente por la empresa de África, en la que tienen puestos los ojos. En 1830 Francia invadía Argelia y penetraba profunda y extensamente en la zona que hoy ocupa.

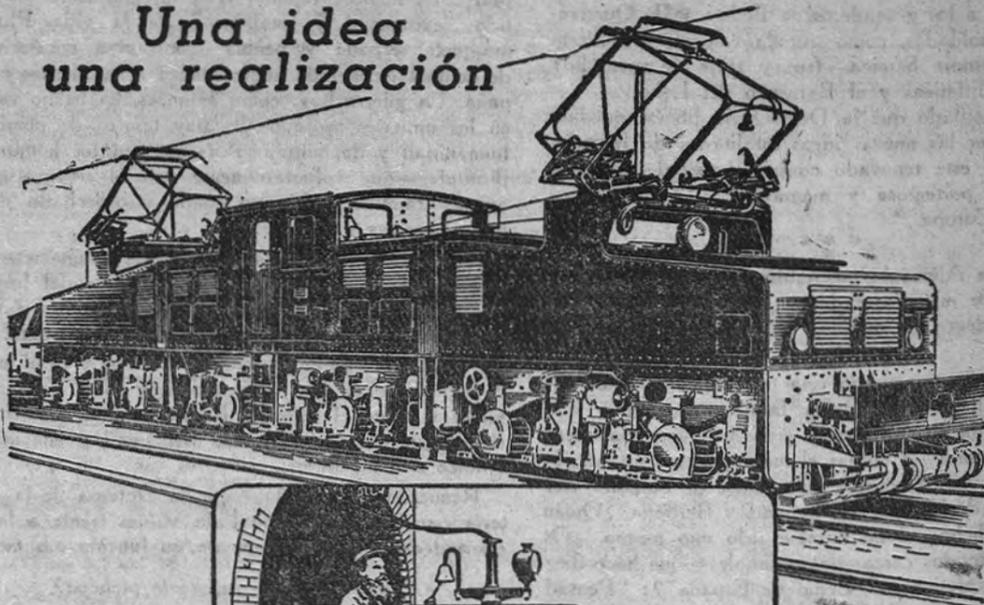
La guerra de 1860 es el primer recuerdo vivo (a través del relato oral y familiar) que tenemos de la guerra de África. Es la batalla de los Castillejos, de Wad-Ras, la ocupación de Tetuán. El peso de la campaña lo llevan los célebres batallones de Cazadores, que ponen la bandera española en la torre del Serrallo. ¿Se había reavivado, a través de dos siglos, nuestro mensaje español indeclinable?

Todavía durante la guerra de Melilla, la de 1909, poníamos nuestros ojos infantiles en las fotos de las revistas ilustradas, en los largos convoyes y columnas de protección de las agudadas, en los despliegues de fuerzas, de uniforme colonial de rayadillo, sobre las llanuras sedientas, en los penosos accesos de la heroica Infantería española a las lomas de Nador y a la cumbre del Gurugú... El triste sino del general Pinto con sus heroicos hombres copados en el barranco del Lobo; la muerte gloriosa del cabo Noval y la acción del coronel Larrea sobre la cabila de Quebdana, nos llenaban de asombro.

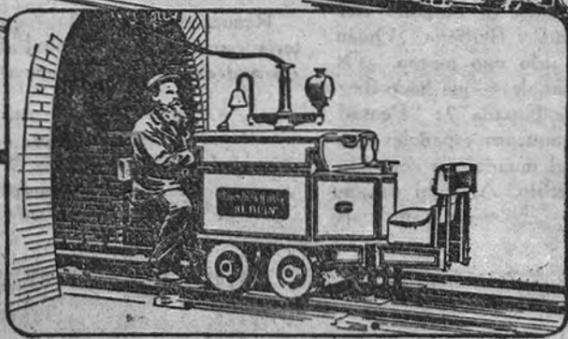
Y luego vivimos la otra etapa, la de 1921, que es la de los grandes hechos de los Caballeros Legionarios y los tabores de Regulares, la que nos trae las vivas imágenes del Caudillo de España y del general Millán Astray y nos muestra todo lo que la tierra de Marruecos puede dar de sí cuando sobre el mero propósito colonizador se ponen ideales más altos, basados en el destino histórico.

L. M.

Una idea una realización



1882



1939

En el año 1882 se construyó en Alemania la primera locomotora eléctrica para minas.

Perfeccionando esta primera construcción año tras año, se llegó a fabricar en el año 1939 la locomotora eléctrica de descombro, más pesada del mundo, pues su peso neto es de 150 toneladas y puede arrastrar 325 metros cúbicos, con un peso total de 1.000 toneladas. Su equipo eléctrico es de 6 motores con una potencia total de 2.000 HP.



Europa, siendo el Continente de posibilidades ilimitadas, secunda las obras más trascendentales del mundo entero.

A-390

EN AMERICA

Por JOSE M.^a GARCIA ESCUDERO

ESTO era en el tiempo en que, siendo yo aún lo bastante niño para irseme el alma en gana de correr ante los gastadores, camino de la parada en la plaza de la Armería, no lo era tanto como para que mis pies pudieran dignamente irse tras el desco. Un día se me encandilaron los ojos, hechos a Salgari, ante una obra que aun siendo, y bien, de aventuras, no era ciertamente de las novelescas; y ya no se alzaron de sus páginas hasta apurarlas. En «Los exploradores españoles del siglo XVI», de Charles F. Lummis, mis doce años aprendieron que los filibusteros de la Tortuga eran sólo lo que en realidad eran: carne de horca; y que aquellos soldados del gobernador de Maracaibo que se les enfrentaban, con sus pesados cascos y sus tardos mosquetes, eran lo que sin duda fueron: carne de héroes. Pero héroes, para mí, de un mundo muerto. Que lo eran de un mundo vivo lo aprendí años después. Porque la misma historia volvió a mí un día de la guerra recién lograda; pero viva. Estaba junto a mí, en la misma trinchera, es aquellos otros hombrecillos menudos y morenos que a mi lado combatían y morían. Ahora, por tercera vez, he leído el libro de mis primeros años. Lo he releído estremecido de ansiedad. Pues si hemos de volver a ser—y de esto depende seguramente el que la cultura cristiana tenga mañana—ello ha de deberse al vigor entrañable de nuestra raza. Y si en tres años de guerra hemos aprendido que aquello puede ser, un siglo de pelear en las Indias nos dice que será.

Pues lo de América no fué empresa de unos pocos escogidos, sino de un pueblo en pie, y no ya movido por el elemental, talámico, instinto de la propia independencia, sino por un más alto afán misionero y ofensivo. Esto es lo que hizo de la conquista no anárquica riada de guerrilleros, sino disciplinada victoria de Ejércitos, siquiera fueran éstos harto exiguos e improvisados para encajar de lleno en nuestro actual concepto medido y cuadrado de la fuerza armada. Y es que aquello no fué sino la aplicación en gran escala del sistema de las concesiones. El futuro conquistador—tal cual hidalguelo sin fortuna, en general—se las entendiera con el monarca para lograr la real licencia, y allá se las entendía él, luego, con quien quisiera para reclutar sus gentes. No muchas, desde luego. Cortés, ya lo sabéis, llegó un Viernes Santo al lugar en que fundaría la ciudad de la Vera-Cruz con setecientos hombres y doce falconetes o cañones pequeños, cara a la conquista de una tierra como cuatro Españas; Valdivia salió del Cuzco, en 1540, para dominar Chile con ciento cincuenta españoles de a pie y a caballo; y Coronado, a la casa del mito de Quivira, llegó al extremo Nordeste de Kansas, a tres cuartas partes de la distancia entre California y Nueva York, con treinta extenuados compañeros; y Quesada, a la meseta de Nueva Granada, aquella

castellanos y andaluces, avanzaban y vencían. Y es que antes que exploradores, eran soldados: Infantería. Y la más maravillosa que haya existido nunca. Pues si junto al Escalda o ante Breda, aún podían números o armas vencer al genio, ante Cajamarca sólo decidían intuiciones y las más elementales virtudes militares. Y no porque en las Indias llegaran a faltar campañas de alto estilo—tal la de Cortés—. Pero, en general con pocas docenas de hombres, sólo el valor individual, la astucia, la audacia, las virtudes primarias del hombre, más que del arte, de guerra, decidían. Difícilmente se comprenderá, si no, cómo pudo Pizarro dar cuenta de un Imperio que se extendía desde Popayán, más arriba del Ecuador, a Copayapu, muy al sur de Atacama, con sólo sesenta y dos jinetes, y ciento seis de infantería. Y, sin embargo, con ellos se dirigió a Cajamarca, donde le esperaba el Inca con treinta mil guerreros, y con ellos venció. Sólo uniendo a aquellas virtudes un intuir genial de la psicología del enemigo—cualidad típica del genio militar—puede explicarse. En cuanto al terror supersticioso de los indígenas, es cierto. En Puerto Rico no se resolvieron a la lucha hasta que, ahogando a un español y llevando consigo su cadáver hasta advertir inequívocas señales de descomposición, se persuadieron de que los blancos eran también mortales. Pero si esto puede explicarnos la primera victoria, no explica la segunda, ni embota, por ello, la admiración. «El siglo XVI, por lo que afecta al Nuevo Mundo—se ha escrito—no tiene paralelo en la historia militar.» Y en verdad que tampoco lo encuentra en la de la Infantería la Edad que vio a «cuatro Julios Césares y cien Stanleys» conquistar, a pie, un continente. Claro es que nada puede aquí relatarse circunstanciadamente. Hechos como la conquista de Acoma, con ser de los menos conocidos, en que sesenta hombres escalaron, bajo una lluvia de piedras y flechas, una roca vertiginosa, bordeada por precipicios casi inaccesibles, de paredes aun más que verticales: inclinadas hacia adelante, basta para honrar a aquellos infantes. No existía, es verdad, un verdadero Ejército. John Chilton, que visitó las Indias hacia 1570, cuenta que en La Habana sólo había sesenta hombres de guarnición. Y es que permanentemente sólo estaban los contados soldados que acompañaban a los misioneros en sus poblados, y los que para su servicio se costeaban los Virreyes. El del Perú, marqués de Cañete, formó dos compañías, una de a caballo, de cien lanzas, con mil pesos de salario cada una, y otra de cincuenta arcabuceros con mulas, a los que pagaba quinientos pesos. Poca cosa para tan gran Virreinato. Carlos Pezreya, en su «Historia de América», escribe que durante dos siglos y medio la Nueva España no tuvo Ejército, y Marius André, en «El fin del Imperio español en América», atribuye al sistema de gobierno el haberse conservado «durante más

de trescientos años un Imperio lejano sin Ejército profesional». Pero si no un Ejército, Ejércitos sí hubo, aunque lo fueran de pocas docenas de soldados. Puede Wyndham Lewis, con más belleza que verdad, pintar el «silencio y el brillo en los ojos piratas» de los compañeros de Pizarro, mientras los Andes arden en la puesta del sol, y la noche «couvrit tout de son aile» en los versos de Heredia. La verdad dicenla los requerimientos previos a todo combate para que los indios «den lugar a que estos padres religiosos os declaren y prediquen»; y Quesada condenando a muerte de horca a dos soldados acusados de haber robado unas mantas a los indios; y el capitán Villagran persiguiendo a cuatro desertores a través de más de novecientas millas de desierto hasta apresarlos. Había disciplina, y siendo así, no podían ser piratas aquellos conquistadores, sino lo que en realidad eran: «señores soldados» de España. En menos de cien años, su espada signó el continente virgen con el signo del que ella misma era símbolo: la Cruz. Se cerraba el capítulo de la conquista y empezaba el tan maravilloso o más, de crear, sobre lo que era tribu, un Imperio.

Ya las costas tienen líneas precisas en los mapas, donde antes un indeciso temblor; pero ya el enemigo no es sólo el indio. Por esos mares campan por sus respetos piratas a caza de galeones, e ingleses y holandeses a caza de españoles, y con harta frecuencia desembarcan tras los amarillos doblones de Su Majestad. En el Museo del Padro dos cuadros de Castelló representan dos combates contra este nuevo linaje de enemigos. Es el uno la recuperación de la isla de San Cristóbal, en poder de los ingleses y franceses, que en 1629 logró D. Fadrique de Toledo, capitán general de la Armada en el Océano. Es el otro la defensa de Puerto Rico, cuatro años antes, contra los luteranos holandeses. Allí fué donde, en un fondo de soldados—casco y arcabuz al hombro—corriendo apresurados hacia la playa, el gobernador D. Juan de Haro contestó a la propuesta de rendición que «si todo el poder que queda hoy en Holanda estuviera en Puerto Rico, lo estimaría en mucho, porque vieran el valor de los españoles». No son guerras las que faltan en este XVII, en el XVIII. Al sur, con Portugal, por la colonia del Sacramento; al norte, en la Florida. Esto es ya para 1781. Aun le faltan a las Indias sus Ejércitos. Hasta muy entrado el XVIII no organiza el Virrey Amat el Ejército colonial del Perú, y el de Nueva España el marqués de Cruillas. Y de la Península han de acudir regimientos—desde Felipe V no hay Tercios—con sus soldados de tricorno y peluquín, casaca a la francesa y fusil bayoneta. Ya había sido, en tanto, la sublevación de Tupac Amaru en el Perú, para sofocar la cual se improvisó un Ejército de 15.000 hombres—en el Cuzco no había más de tres mil de tropa regular—; y la defensa de Cartagena de Indias, en 1741, y la de La Ha-

bana, en 1762. Cuando lo de Cartagena de Indias, Blas de Lezo, con tres mil hombres, hizo guardarse al inglés Vernon las monedas que ya había acuñado para conmemorar la toma de la plaza y que se volviera con sus treinta mil ingleses. Y cuando lo de La Habana, durante sesenta y siete días, cinco mil españoles, de los que mil ni aun tenían fusiles, resistieron a quince mil asaltantes y sólo capitularon tras perder más de la mitad de la gente, y cuando había veteranos que «sólo por la respiración se diferenciaban de los muertos». Un heroísmo llama a otro heroísmo. El de la toma de Buenos Aires, ocupado por los doce mil ingleses de Beresford, por Liniers y sus mil españoles, y los gauchos de Puyredon, y la juventud criolla de la Plata. Esto fué en 1806.

Cuatro años después, y en Caracas, se inicia la independencia. ¿De España? Pero ¿es que eran aquellas colonias, y no provincias de un Imperio del que la España peninsular no era ya sino una parte? ¿Es que cabe enfrentar allí Infantería española a Infantería americana? ¿Puedo ceñirme a las glorias de las gentes que fueron con Morillo cuando hable de Infantería española? Guerra civil fué aquella que desmoronó un Imperio; pero sólo en la geografía. Si antes fuimos unos, unos seguímoslo siendo, aunque inmediatamente no se comprendiera así. Al hablar de Infantería española no tengo por qué limitarme a esta estrecha península mía, sino a la única España que desde el 12 de octubre de 1492 debe existir para nosotros: las Españas. De todas sus partes yo me siento solidario. Comunes fueron antes nuestras glorias; defensa de españoles y americanos fué la de Cartagena de Indias como la de La Habana. Pero después, mía es la gloria de Bolívar; y tuya, español de Ultramar, la de los vencidos de Ayacucho; y nadie te la arrebató, porque entonces tu historia amplia y luminosa se te encogerá en miope anécdota aldeana y localista. Es por eso de mi Infantería la gloria de San Martín—educado en España, que peleó en Orán, y en el Rosellón, y en Bailén—, cruzando los Andes; y vuestra la de los Cuerpos peninsulares que allí fueron. No muchos. Hasta Morillo no llegaron sino 15.625 soldados; con Morillo, 10.500. En Ayacucho, de 10.000 con que contaba el Virrey, 500 eran españoles: los demás, indios. La intervención directa de España más considerable fué de 1814 a 1817. Allí intervinieron los veteranos de la Independencia española. El regimiento número 5, «el Augusto», ganando en la Hacienda de las Huertas el escudo de honor con la leyenda «Por la integridad de España», y para su defensa del Callao, en 1824, el título de la Zaragoza de América; el de Zamora número 8, «El Fiel», defendiendo Durango, casa por casa y piso por piso; el Zaragoza número 12, que toma Comanja, amontonando los cadáveres ante la brecha del fuerte... Después de 1817 todo fué una lenta agonía, que la traición de Riego precipitó. Y antes, bien poco hizo España. Americanos fueron quienes llevaron el peso de la lucha, ora en contra, ora a favor de la metrópoli. Y este carácter de guerra civil lo corroboró su misma irregularidad. «La organización militar era nula en unos y otros», dice Baralt en su «Historia de Venezuela»; y en efecto, casi nunca se vieron frente a frente más de cinco mil hombres por cada parte, en aquella guerra cuyo final sonó en Ayacucho. Final de un Imperio. Porque—diremos con Pablo Antonio Cuadra—«también España arrojó a España de España».

La España arrojada de la propia Península sólo se sobrevivía en su Ejército. Lo que de la historia de éste queda por relatar es casi de ahora. Expedición de Prim a Méjico; guerra separatista de los diez años en Cuba... El coronel D. Juan Mateos relata la marcha de una columna desde las Varas a Sancti Spiritus: «El batallón formó en línea... y sin hacer un solo disparo rompió la marcha hacia la manigua de donde paría el fuego enemigo... Entonces su himno, y conservando la más impecable alineación... la línea continuó orgullosamente su avance, sin más preocupación que la del gesto, como si desfilaran por las calles de su guarnición. Y así llegó hasta el borde mismo de la manigua.» Esto era en 1835. Tres años después... El 98. Un Gobierno suicida y un Ejército en pie, pero inerme—no hay armas, no hay barcos, no hay cañones—; pobres soldados de rayadillo, joriles y enfermos, muriendo para España y olvidados por España. Año 98. Santiago de Cuba. El Caney. 419 españoles contra 6.500 enemigos. La sombra heroica de Vara del Rey y un ¡Viva España! en ojos que mueren besando una bandera. En España, pan y toros. ¡Nolloras, español de 1942, de rabia y dolor, ¿quién? Hoy, aquella nuestra Infantería que se nos fué con los últimos jirones de nuestro Imperio, no está sola; su memoria se nos palpa: sabemos descifrarlo.

tierra de bendición clara y serena, tierra que dara fin a nuestra pena, de los versos de Castellanos, con ciento ochenta hombres, de «Los setecientos con que emprendió viaje. En cuanto a las arquistas de Castilla del Oro, que D. Fernando dió a Pedrarias Dávila, sólo se citan cuatro sábaduquines, dos falconetes, treinta y cinco arcabuces y doscientas espadas, doscientos puñalazos de Villa Real y otros tantos victorinos, con sus vainas. Otras sabidas, sin duda. Pero de tan sabidas, olvidadas. Para apreciarlas, en su grandioso medida militar, hay que situarlas en los de la costa, en una bruma sólo rasgada por las leyendas—la del Dorado, la de las Siete Ciudades de Cibola, la de la Tierra de los Césares, en Patagonia, donde había poblaciones «hermosas como Sevilla», en las que «se oyen campanas»... Y hay que imaginarse a aquellos soldados, los más armados con simples picas, o a los sumo, con arcabuces, diez veces más indios, con chaguas acolchadas por sola defensa, y sin otra artillería que un pequeño peñero a lomos de una caballería famélica, aventurándose, sabe Dios por dónde, adonde el Señor, que ellos no, con y pentacos, y con la pesadilla nunca rota de los indígenas siempre hostigándolos, con enemigos invisibles contra los que su peñero armamento les vedaba revolverse con rapidez, y que los atacaban en una proporción de, cuando menos, diez por uno. Y, sin embargo, acribillados a flechazos de los salvajes, usando sus mosquetos a modo de mazas una vez, otras a la manera de esas ineficaces espadas, nuestros infantes, hidalgos lanceros y extremeños,



EN LAS TIERRAS DE ASIA

Por JOSE MANUEL CONTIN

PONER puertas al campo o murallas a la mar parecerá cualquiera empresa descabellada y fuera de lógica. Tal lo es también el querer poner límites a la acción de la Infantería española por el mundo. Todos los meridianos han sabido de su valor; todas las razas, del peso de su brazo, y todas las épocas han oído el duro sonido de su paso militar. ¿Pero en Asia también? Naturalmente, en todo el mundo, y Asia forma parte de este mundo.

ESTRATEGIA CATOLICO-MUNDIAL

No cabe pensar que una nación durante siglos tenga un pensamiento tan coherente consigo misma que subordine todos sus actos a una única directriz organizada y metódica. Puede, sí, tener un ideal, pero en el logro práctico de éste variarán necesariamente los procedimientos. Por encima de la conciencia gobernante existe, sin embargo, el destino histórico, que condiciona los hechos y los enlaza por sobre las cordilleras, los mares y los tiempos.

Y este destino supratemporal ha hecho el milagro de dar coherencia a los actos de España al servicio de un solo y único ideal: el Catolicismo. No hablamos a "humo de pajas", sino ante hechos evidentes. La Historia permitió a España el poder emplear todas sus fuerzas en la lucha contra el infiel, en los terrenos más apropiados para el triunfo y donde de manera más vital pudiera ser atacado. Esta es la estrategia católica-mundial.

Ya el infante Enrique—el Navegante, cosmógrafo y armador de Sagres—había intuido la necesidad de atacar a los infieles por la espalda y toda su vida no fue otra cosa que una plegaria para que este hecho pudiera cumplirse, hasta que se realizó con la llegada de las naves portuguesas a Calicut, y los mahometanos, contra los que en Ceuta habían peleado los portugueses a principios del siglo XV, tenían su réplica muchos meridianos al oriente, en el Indostán. La formación, sin embargo, de la tenaza atacante había de corresponder a España, y en épocas bien distantes y distintas, procedentes de territorios apartadísimos los unos a los otros.

Dibujemos mentalmente—y este es el esquema de nuestras líneas de hoy—el gráfico de la tenaza estratégica trazada por España en su ataque al Asia, haciendo uso casi exclusivo de la "reina de las batallas", de la Infantería, cuyo solo nombre fue durante mucho tiempo, en la Edad Media, sinónimo de arrojo, valor y victoria. En este esquema veremos un núcleo denso—Asia—integrado por mil razas distintas y por multitud de religiones, de que esencialmente destacan el Budismo y el Islamismo, rodeado por mares diversos: en Occidente, el Negro y el Mediterráneo; en Oriente, los varios del Japón y de la China, en relación directa con las rutas de los monzones y de América. Este núcleo es atacado por España en sus dos puntos vulnerables: por el Asia Menor y por la Camboja. El episodio de la Cochinchina es un botón de muestra de lo que valía la Infantería española cuando todo se había derrumbado, pero no entra en la mecánica atacante de España.

Tenemos, pues, por un lado, a los navarros, catalanes y aragoneses, actuando por la región dominada por los turcos, en plena Edad Media, buscando el rescate de los Santos Lugares, o simplemente, el mantener alejado al enemigo común de Europa. Por otro, vemos a los castellanos y vascos, procedentes de Méjico y Filipinas, llegar al extremo oriental de Asia y domar a indómitos cambojanos y siameses. Ante la Geografía, el Tiempo y la Historia, Asia ha sido estratégicamente atacada por dos puntos distantes y por las dos naciones peninsulares, formando sobre ella una verdadera tenaza. El móvil: Catolicismo; el medio: la Infantería.

CASTELLANOS Y NAVARROS EN LA CRUZADA

Cualquiera poco avisado caerá en fácil confusión ante la frase "castellanos y navarros en la Cruzada". No se trata, no, de la Cruzada antibolchevique de 1936 a 1939, sino de la auténtica Cruzada, de aquella que organizaron los reyes y señores cristianos de Occidente para rescatar los Santos Lugares de las manos profanas de los descendientes de Seldjuck, con la cruz al pecho. Y se podrá caer en la confusión, porque el aforismo la *Historia se repite* descansa sobre sólida base, y cuando un pueblo tiene un destino marcado, en toda ocasión lo demostrará, repitiéndose, copiando su misma Historia.

Navarros, aragoneses y castellanos estuvieron en las Cruzadas. Tan difundida se halla la especie de que como *teníamos la cruzada en casa no íbamos a Tierra Santa*, que hemos llegado a creérnosla nosotros mismos. La realidad es muy otra. En la época dura de la primera Cruzada, en pleno siglo XII, las tropas señoriales eran exclusivamente Infantería y con ella partió para Oriente el conde de Tolosa, yerno de Alfonso VI de Castilla, cuya esposa e hija, respectivamente, doña Elvira, parte también en la expedición, atravesando la Dalmacia, los Alpes Transilvanos y llegando hasta el corazón mismo del Asia Menor.

Como él también va a Tierra Santa el conde Rodrigo González Girón, conquistador de Jerusalén con los 15.000 supervivientes del grueso de 150.000 que habían partido de Europa, o el conde don Fernando de Galicia, Golfer de las Torres y Pero González Romero, que mantuvieron singulares y famosísimos combates contra jefes turcos.

Culmina la intervención española en Tierra Santa—Asia—con la de Teobaldo de Champaña, rey de Navarra, que aunque pertenece a una dinastía francesa, era jefe de soldados peninsulares, los más valientes en el tiempo de la Cruzada. Atravesada Europa, los infantes españoles, al lado de los cruzados francos e ingleses, se internan en Asia Menor. El Monte Tauro se opone a su avance, y en incansable ataque llegan a su cima; Antioquía cae en sus manos, y el camino hacia Damasco queda abierto. La imprudencia de los condes de Bar y Monfort condujo a los cristianos a un desfiladero en la ruta de Gaza, donde los sarracenos cayeron sobre ellos, como halcón sobre paloma. Sólo Teobaldo I y su reducida hueste, luchando desde el amanecer hasta la puesta del sol, pudieron salvarse de la derrota y rescatar más adelante a sus compañeros de armas. La Infantería navarra cumplió, con ello, una etapa más de su destino reductor, militante y católico.



GESTA SINGULAR EN TIERRAS TURCAS

Todo lo que es fronteriza es también término medio entre los países que separa. Así, el imperio bizantino, nominalmente heredero de los derechos de Roma, era algo entre oriental y cristiano. Pero los turcos eran mucho más orientales que los bizantinos, y, además, no eran cristianos. Por ello, Bizancio los combate. El hecho de que el Ejército bizantino—Infantería y Marina esencialmente—estuviera integrado por alanos, turcoples, búlgaros, rusos, armenios, sirios y algunos griegos, no quiere decir que la idea a la cual servían mercenariamente no fuera europea y católica. No debieron ser muy fuertes estos ejércitos, no obstante, cuando el emperador Andrónico llama en su auxilio a los "almugavares".

Suena arábigo el nombre de *almugavar*, aunque Moncada, siguiendo a Desclot y Muntaner, da como origen de las compañías a los nómadas germánicos, que fueron convirtiendo su hábito montaraz en lucha profesional en campo abierto contra el moro, en la época de la Reconquista. En el siglo XIII y principios del XIV *almugavar* era sinónimo de infante armado, malamente armado, pero dotado de excepcionales condiciones de combate. Grégoras asegura que "almugavar es el nombre que dan a toda su Infantería los latinos", aunque estos latinos fueron solamente los cristianos españoles, ya que franceses y borgoñones no supieron del ánimo esforzado de la milicia almugavar.

Con Roger de Flor y sus capitanes, la compañía almugavar—catalanes y aragoneses—se interna en tierras asiáticas, partiendo de Constantinopla. Corbarán de Let, con las banderas de los reyes aragoneses D. Fadrique de Sicilia y D. Jaime de Aragón al frente de sus batallones, guiaba a la Infantería a retaguardia de los caballeros. La batalla de Artacio ató a estas banderas la victoria: "Como los turcos vieron el ímpetu feroz de los almugavares—cuenta Nicéforo—, su valor, su disciplina militar y sus lucidas y fuertes armas, atónitos y espantados huyeron, no sólo lejos de la ciudad de Constantinopla, pero más adentro de los antiguos límites de su imperio." Misión eterna de la Infantería española, ampliadora siempre de las fronteras de la Cristiandad.

De este modo se levanta el sitio de Filadelfia, se ocupa Culla, Tiria—según Moncada—y se llega a los límites de la Magnesia, la Anatolia y la Cilicia, hasta el mismo monte Tauro, donde más de un siglo antes ya habían puesto pie—como caballeros cruzados otros españoles, al mando de Teobaldo de Champaña.

¿Sería atrevido que dijéramos, como

españoles, que la caída de Constantinopla se retrasó cien años gracias a la acción *almugavar*? Puede que lo sea, pero no por ello dejará de ser cierto en gran parte. Por medio de la tropa *almugavar* cobraba en Asia nuevo prestigio la cruz y la espada de los occidentales y se frenaba la osadía invasora de los turcos.

LOS «CASTILLAS» «DESFA-CIENDO «ENTUERTOS»

El cuento inverosímil de unos pocos aventureros que derrocan a un rey para imponer a otro, puede parecer a cualquiera una pura fábula. Lo fabuloso, sin embargo, fué durante mucho tiempo patrimonio de los españoles. Cuenta el ingenio fray Gabriel de San Antonio que asesinó el gobernador de Filipinas, Das Mariñas, su hijo Luis quiso vengar tan dolorosa afrenta en los chinos, causantes de la muerte, y que este fué el motivo de ponerse Manila en comunicación estrecha con Camboja, Siam y otros puntos del Oriente asiático, donde el rey cambojiano había sido secuestrado por el de Siam.

Se piensa entonces en ayudar al destronado rey de la Camboja, Lángara, y al mando de Gallinato parte una expedición en que 130 "castillas"—según los llaman los cronistas contemporáneos—son el "grueso" del ejército. De los tres barcos sólo uno llega a la Camboja, y con él un rucio castellano de reluciente pelaje. Anacapan, el usurpador y apriador de Lángara, recibe recelosamente a los "castillas", que tras una lucha con chinos piratas en el puerto, y temiendo traiciones de parte del usurpador, deciden asaltar por la noche el palacio, donde dan muerte a Anacapan e incendian su residencia, sin saquear nada, "porque no se dijera que por robarlo lo habíamos hecho".

Los súbditos del muerto persiguen con flechas a los "castillas"; éstos se retiran en buen orden hacia el río, que atraviesan con las armas en alto para no mojar la pólvora, mientras que los rebuznos y las coces del asno cubren la marcha. Ni un castellano cayó en aquella noche trágica, iluminada por las llamas de incendio provocado por ellos en el alcázar, donde poco después, gracias a su esfuerzo, se instaló el hijo del destronado rey, el legítimo soberano de Camboja. Y aquellos quiénes, tras "desfacer" este entuerto, volvieron a Manila, seguramente en busca de órdenes del impetuoso y joven Das Mariñas.

CONQUISTAS POR DEPORTE

Tal debe parecernos la intervención del Ejército español en Cochinchina, donde los "bizarras soldados españoles", como los llamaba el general francés, conquistaban desde sus trincheras, con audaces ataques, golpes de mano y avances a la descubierta, un rico territorio para Francia. El nervio nacional, las virtudes combati-vas del infante español, continuaban intactas; pero entonces—1854—la política estaba envenenada, los horizontes cerrados, las colonias americanas perdidas, y sólo como deporte se podía usar del valor militar español, sin conseguir más que triste y efímera gloria.

CICLO CUMPLIDO

No se pueden poner puertas al campo ni murallas a la mar. Ni límites a la acción de los soldados españoles de Infantería. Ya sean los brillantes navarros de Teobaldo, los rudos y precariamente vestidos almugavares, los abigarrados "castillas" filipinos o los soldados "bizarras" y regulares de la Cochinchina. En todos los sitios hay recuerdo de la presencia—y de la victoria, que también es importante—de la Infantería española.

Un ciclo cerrado. La tenaza cristianizadora y militar atacó al gran continente por Levante y por Poniente, desde los reinos de Aragón y Navarra y desde el reino de Castilla. En verdad que por España y por Dios cumplida empresa fué, a lo largo de la Historia, la de la Infantería española en Asia.

EN OCEANIA

Por MANUEL BALLESTEROS GAIBROIS

DESPERTAR

La vida humana se iba multiplicando con el transcurso de los años y de los siglos y de los milenios. De las primitivas culturas indosumerias surgían variantes diversas, impuestas por nuevos invasores del Indostán. De las tierras vecinas de la península que hoy llamamos Indochina nacía la cultura Mon-Kmer, y la vida, un tanto superior, se arrastraba de penínsulas a islas y de islas a islotes, para saltar prodigiosamente por el mar y caer sobre nuevos archipiélagos o para hundirse en las profundidades oceánicas, sin poder llegar a la virginidad continental de Australia, que seguía conservando sus hombres talladores de la piedra y sus animales atávicos, últimos testimonios de especies que fueron. Se abrían caminos en el agua—valga la paradoja—, se constituían rutas, y por ellas nuevas modalidades de cultura entraban al vasto espejo oceánico: budismo, mahometismo, formas superiores de sociedad, modos y modas de vivir y de ser. De esta manera se fué constituyendo un vasto mundo oriental totalmente ignorado por occidente, apenas conocido por los pueblos más orientales de Asia, pero unido de todos modos a la gran masa continental por tenues lazos de cultura, religión y comercio.

Pero mientras la historia de cientos de años iba tejiendo este mundo lejano y fragmentado sobre el océano, los viejos centros grecorromanos y germánicos progresaban paralelamente, hasta que un ligero acogido por España tomó sobre sus hombros la no fácil tarea de redondear la tierra. De este modo, con el descubrimiento de América—ahora hace cuatrocientos cincuenta años justos—se creaba la posibilidad del contacto de dos mundos, de dos sistemas, de dos cosmos absolutamente opuestos y distintos.

Es curioso que el mundo occidental y el mundo oriental no chocan durante los siglos en que pudieron rozarse en la amplísima frontera asiático-europea. Las invasiones turcas o del mismo origen eran tan odiosas a europeos como a orientales. Quizá—aunque el decirlo parezca contradictorio—el único punto de unión entre ambos mundos lo constituía el Islamismo, verdadero lazo que hacía orar en nombre del Profeta a los granadinos y a los emperadores filipinos, o sea, que ataba bajo un mismo credo a las más diversas razas. Y de esta universalidad, su enorme peligro para la empresa ecuménica, total, del Catolicismo.

Fué necesario que portugueses y españoles supieran cómo era el mundo, para que se hallaran de nuevo, al cabo de miles de kilómetros de travesía, con los mismos enemigos que habían vencido en su Patria. En un principio, por lo tanto, fué el barco, la navegación, pero como hubo de haber guerra, después fué la Infantería.

INFANTERIA EN EL LEJANO ORIENTE

Todos sabemos de las gestas americanas, y su brillo nos ha ofuscado de tal modo que no creemos que haya otras que puedan compararse dentro del haber militar de los españoles por el mundo. A este espejismo viene a sumarse otro de índole puramente geográfica. Los azules continuados de las grandes extensiones marítimas del Pacífico han hecho aparecer la empresa oceanística de España como puro quehacer náutico, como mera creación de los marinos. Es evidente que, como decimos, en un principio fué el barco, y que sin la ruta marítima no hay posibilidades posteriores; pero no creamos por ello que bastaba con llegar a los puertos, atracar, desembarcar y, después, con más o menos dificultades, colonizar, poblar y fundar.

Es preciso que entendamos el desplazamiento de los dos mundos ideológicos y veamos con claridad que cuando España llega al más remoto Oriente la vieja rivalidad religiosa surge de nuevo, y que las últimas consecuencias de la creación cultural de Oriente se presentaron a los hombres de España en todo su vigor. De aquí la lucha continuada, la necesidad de combates y capitanes, de acciones ordenadas de guerra, de asedios e incendios, de traiciones «moros» y de inauditos hechos de guerra española. No habría Historia de España en Oceanía sin los navegantes, pero la conquista de las armas empuñadas por soldados heroicos. En mucha mayor proporción —y aun sin proporción— que en el resto del Imperio colonial y universal de los Reyes de España.

Dejemos pasar ante nosotros algunos cuadros breves.

UN CAPITAN QUE CUBRE LA RETRADA DE SUS HOMBRES

Uno de los grandes y reconocidos valores de la acción mundial de España fué —y es— el de la captación de todos los ele-



mentos para fundirlos en el crisol de la gloria indivisible de su bandera. Tal es el caso de ese portugués de nacimiento—hispano al fin—, que renunció a su tierra y se hizo español: Magallanes.

Ya había sido vencido el terrible estrecho, el escorbuto y los padecimientos. Un mundo de maravillas insospechadas se presentaba ante la flota de Magallanes, que pronto tropezaba en su camino con las islas de Limasagua y de Cebú, en las que sus pueblos se convertían en masa al Cristianismo, ante la impresionante unión y ceremonia de los ritos católicos. Hamabara contraía hermandad de sangre con el hispano y éste le correspondía comprometiendo a sujetar con sus hombres al indómito Calpulaco, jefe de Mactán. Y así se inició la primera acción militar española en Oceanía.

Cincuenta hombres, con Magallanes, desembarcan en Mactán. Sus naturales no se reducen ante esta demostración, ni por las descargas que desde las embarcaciones se les hacen. Miríadas de flechas acojonan a los desembarcados, que comienzan la retirada hacia el punto en que—atravesando las olas—pueden llegar más fácilmente a la barcaza que los esperaba. Magallanes queda el último para retener con su valor y su coraje la embestida de los indios. Una herida le impide andar con desenvoltura, pero no el continuar cubriendo a los suyos. Poco después, cuando sólo habían caído cinco irremisiblemente, el propio Magallanes vino a cumplir el sexto número. Pero sus hombres estaban ya a salvo.

Abril de 1521. Pigafetta, narrador de la expedición, ha puesto a la muerte de Magallanes el más bello epitafio: «Murió entonces el que era nuestro norte y nuestro guía, el espejo de caballeros.» Así comenzaba sus hechos, con rúbrica de sangre, cuyo rastro seguiría durante siglos, la Infantería española en Oceanía. Infantería improvisada, en un principio, pero que comprendía ya a portugueses, italianos y españoles, que tantas veces pelearon juntos por la gloria única de España. Abril de 1521, cuando en Alemania el César Carlos juraba no descansar ni vivir sin mantener limpio de herejías su Imperio.

EL CORTÉS DE FILIPINAS

Ya los sucesores de Magallanes habían de tropezar muy pronto con nombres que les recordarían a los enemigos seculares de su raza: Almanzor, Yusuf, Mahomet. Bajo este signo había de transcurrir un siglo de guerra y de conquista. A este enemigo había de sumarse el de los chinos.

Dice muy bien Montero—el historiador de Filipinas—que los chinos, sin conquistarlo ni administrarlo, tienen al archipiélago filipino como una colonia, a la que explotan con gran intensidad. Pero no sólo estaban ellos; había también unos señores primitivos de la tierra, en muchas ocasiones mahometanos. Contra unos y contra otros había de actuar el sabio gobierno de López de Legazpi.

El capitán Juan de Salcedo, pariente de Legazpi, con el maestro de campo Goiti, había dominado a Solimán y a Lacandola, «moros» traicioneros y reincidentes, logrando con su energía y su magnanimidad—difícil unión de virtudes—traerlos definitivamente a la soberanía de España. Mientras Legazpi constituía el gobierno de Manila Salcedo concluía la conquista de Luzón. Esto ocurría después de 1570. Su heroísmo, arrojo y pericia militar no comenzarían, sin embargo, hasta después de 1572, ya muerto Legazpi.

El omnipotente Li-Ma-Mong, contra el que no podía el mismo Emperador de la China, dueño de una flota, pirata dominador de las rutas comerciales del Oriente, decide constituir un reino a costa de la recién fundada colonia española. Sesenta y dos grandes transportes condujeron a cuatro mil hombres y mil quinientos artesanos y mujeres—todo un plan de colonización—, en 1574, hasta Mariveles, desde donde el capitán japonés Sioco se lanzó a la conquista de Manila. Manuel de Goiti murió con la espada en la mano; Lorenzo Chacón, con sólo veinte arcabuceros, contrató por poco tiempo—viendo caer a doce de los suyos— la avalancha de piratas, mientras que el gobernador Lavezares reunió la «guarnición» de Manila, constituida por 150 hombres. Decenas contra millares, pero calidad, clase, nervio, contra cantidad y masa.

Todo se hubiera, no obstante, sumergido en la ola amarilla del pirata si Juan Salcedo no viera desfilir por delante de Vigan, donde se hallaba, la poderosa flota de Li-Ma-Hong. Ciento ochenta millas fueron atravesadas sobre mares tormentosos en barcasas a remo, y Salcedo pudo llevar a Manila cincuenta arcabuceros, veteranos de sus conquistas de Luzón, que fueron la salvación de la colonia; cincuenta hombres! ¡Un importante refuerzo! Sólo la intención del número es un comentario.

Sioco vuelve a atacar; Salcedo se multiplica y logra darle muerte; Li-Ma-Hong lanza compañía tras compañía al asalto; pero nada puede contra el Cortés filipino.

Los chinos reembarcan, abandonan el botín, y las islas aseguraron, en uno de los más graves momentos de su historia, su destino católico y español.

Dos años después, a los veintisiete de edad, moría Salcedo. Corta vida, como la de Garcilaso, pero fecunda.

SIGLOS DE DUREZA

¿Historia militar de los españoles en Oceanía? Inacabable relato de heroísmo, de resistencias, de ataques de mil diferentes enemigos y confluencia de las más diversas corrientes políticas, raciales e históricas. Los siglos XVII y XVIII suponen un despertar alerta de las armas españolas frente a chinos, portugueses y, sobre todo, holandeses. Los que habían sido inicialmente rivales en los mares del Sur—portugueses y castellanos—se alían frente al enemigo común, que intenta infiltrarse por las rendijas del vasto Imperio insular de los hispanos. Trama enmarañada de navegaciones, desembarcos, sitios, defensas encarnizadas y batallas en los llanos o en las selvas.

Moros, malayos e indios naturales de las varias islas tan pronto se levantaban como se sometían, se inclinaban al saqueo o a aceptar la protección holandesa, como se humillaban ante el triunfo de los soldados españoles. Tiempos en que los neerlandeses ven rechazado todo intento de poner pie en tierra filipina o en que salta un moro, como Ali-Mudin, dominada su raza por la consanguinidad de las armas españolas, solicitan el bautismo y la soberanía de España.

Tras esto, después de 1730, la toma y saqueo a traición de Manila por los ingleses, contra los que se alzan en toda la isla de Luzón guerrilleros españoles, tropas regulares rehechas tras la catástrofe, que van haciendo imposible la vida al invasor. El mundo anglosajón lanzaba sus tentáculos ya sobre la colonia española, que un siglo y años más tarde pasaría por completo a sus manos, a las de Estados Unidos. Anda, capitán salvador de Filipinas para España, lograba entrar en Manila victorioso tras la evacuación de los ingleses en 1764.

El siglo XIX, en su mayor parte—la gloria viene al final, aparejada con la tristeza—, no es un siglo de historia militar, aunque sí hubo acciones aisladas contra los rebeldes endémicos, combates de Orán. Mucho telegrafo, diputados, controversias administrativas y poca Infantería. Es decir, lo gris frente a lo brillante, la Historia frente a la burocracia, la decadencia y la gloria en trágico contraste. Sólo la acción contra la piratería malayo-mahometana da color a las armas de España en Oriente. Días de Méndez Núñez, Malcampo y de la guerra tagala con Polavieja, en que la Infantería retiene el Imperio que quedaba y la gloria.

FIN GLORIOSO DE UNA HISTORIA MILITAR

¿Cómo y por qué se perdieron los últimos puntos del Imperio de España en el mundo oceánico? Todos lo recordamos y todos quisiéramos olvidarlo. La Puerta del Sol tiene entonces más importancia que Borneo o las Marianas, significa más en la marcha de la Nación los aplausos ciudadanos que los dominios vastos por donde extender lengua, raza, cultura y religión. Así también se perdían Manila—tras el heroísmo naval de Cavite—y las Filipinas todas. En 10 de diciembre de 1898 las islas de Legazpi, de Salcedo, de Lavezares, de Malcampo y de tantos otros que desenvainaron espada y combatieron a pie, pasaban a manos extranjeras, extrañas.

Sólo el Ejército—la Infantería—supo dar la nota gloriosa y final, tras la pérdida de toda coyuntura de victoria, naufragada en aguas de Cavite. Enriquez las Morenas y Saturnino Martín Cerezo mantuvieron contra la traición que la decadencia hacía a la Historia de España, el honor de las armas. Cerca de siete meses se defendieron con escasos hombres en Balser contra el hambre, las balas, la falta de municiones y el número superior de los enemigos. Con sangre heroica y escasa se cerraba la historia de la Infantería española en Oceanía. Lo mismo que había comenzado trescientos setenta y ocho años antes en Mactán.

BARCOS Y ESPADAS

Vemos, pues, rescatada en gran parte para la gesta de la Infantería la acción conquistadora de España en los mares de Oriente. Muchas batallas navales, muchos desembarcos de piratas, «moros», ilocanos, joloanos y chinos rechazados; muchas persecuciones en alta mar, pero también—para que aquello fuera España—penetración ordenada en el interior, construcción de trincheras, formación de bastiones y fortines, batallas en la selva y en campo abierto, por Luzón, por Mindanao, por Borneo, y otras islas legendarias y remotas. Barcos y espadas.

Grandes Capitanes de la guerra española

ALONSO LUENGO



Duque de Alba

no: negra la armadura, que empuja hacia arriba la cabeza, como queriéndola izar; negra la barba entrecana, que intenta, sin conseguirlo, clavarse, como un puñal, en el pecho; negra la pelambre. Sólo blanca, blanca para el mejor contrato del negro, su frente. Juego de sombras es el retrato. Y no obstante, en él los ojos del duque no tienen la fuerza sombría, el enfrentarse intolerante y vigoroso que se advierte en aquellos otros del retrato, más abierto y claro, que Moro le hizo. Son más dulces, más interrogantes, más apasionados; quizá: menos decisivos. Y sin embargo —he aquí lo extraordinario—, unos ojos y otros ojos son, sin género de duda, los ojos reales del duque.

Piedras duras, cenicientas, de El Escorial: ¿son ellas las que navegan en azul o lo son las nubes blandas, blancas como vellones, que las ornan? Desde allí un solo cerebro penetra, coordina y estremece a las Españas: el del Rey Felipe.

«Nuestro Señor el Rey, delegado de Dios, lo manda...» Y la mirada de Alba se dobla tranquila.

Y fulmina aterradora luzes sombrías de Flandes contra los insurrectos y los herejes. Y se arremolina en combinaciones tácticas y crea arte bélico —¡oh, los terribles arcabuceros españoles! — al aplastar en mil batallas a insignes estrategas: Guisa, Buissac, Nassau, Guillermo de Orange...

¿Comprendéis ahora la dualidad de destellos que los pinceles trazaran?

Hay un momento, sin embargo, en que los rayos vibrantes y los rayos sumisos se entremezclan en sus pupilas. Es al sentarse don Fernando en el sillón, junto al ventanal que enmarca tejados cónicos dibujados en el cielo flamenco: es cuando hace política y teje finas habilidades de gobernante. Y hay otro momento también: cuando habla al Rey como hombre y no como súbdito; cuando cruza su mirada de varón a varón, con D. Felipe.

Sólo su propio pensamiento y «Felipe II pudieron domar la energía de carácter del duque».

Es 1582. Ha concluido la campaña de Portugal. Tendido en el lecho, el rostro de Alba, hundido y blanco, es nada más que una fiebre aguda en el mirar —la fiebre aquella del retrato de Moro?—. De pronto este mirar se desmaya como si se posara dulce en un invisible regazo. Fray Luis de Granada, que está al lado del lecho, se inclina: con su mano fina cierra los párpados entreabiertos del duque. Después pone un ósculo en su frente y se santigua con lentitud.

Castaños

Fué el rodar de una carroza por la plaza de Oriente entre jinetes con tricorno, blanca peluca y cascabel de color lo que, de pronto, encendió en el largo y deca-



Castaños

dente sestear español la explosión inmensa: torbellino de nubes, de alaridos, de fognazos; danza diabólica de puñal y arcabuz. Las divisiones francesas, a lo largo de la Península. En Bayona, Bonaparte pasea por la estancia increpando al Rey Fernando, que le escucha en silencio. España, contra el invasor, es un torrente de dignidad y rabia. ¿No surgirá la mano que lo encauce? Mil Juntas de Defensa por todo el ámbito. Ante la de Sevilla, refrenando el corcel, un soldado: el teniente general Javier de Castañes, comandante del Campo de Gibraltar.

Seis mil hombres, organizados en Ronda, tiene Castañes. ¿Poco? Pero ¿y el vuelo alucinante, contagioso, de su espíritu? Cosa de un instante, y Castañes, ahora capitán general de Andalucía, tiene en sus manos los hilos de todos los impetu y la saña del Sur español. Dupont, invencible, baja arrollando la península; cruza Despeñaperros, y pisa la llanura de Ballén. Pero en la llanura la travura hispánica espera, encuadrada ya, armonizada a la voz segura de Castañes.

Dupont hace esfuerzos desesperados, atisba posibilidades, varía a cada momento el plan de la batalla; pero todo lo ahoga en germen Castañes, adelantándose a todo, resplandeciente su cabeza blanca, como un dios de la guerra. No pueden más los franceses. El fragor de la batalla va decayendo en largos silencios. Y tras el duelo bélico, el duelo diplomático. Hace Dupont uso de su mejor dialectica, y esgrime Castañes su mejor sonrisa; aquella que tan donosamente aprendió en los salones fernandinos de la corte. Su mejor sonrisa, pero también su mejor firmeza española.

Dupont se descubre, el tricorno en la mano, ante Castañes, inclinándose ligeramente su busto. Castañes se descubre también ante Dupont; pero sin inclinarse, la pierna derecha firme hacia adelante y erguido y rígido el pecho.

El vencedor de bredda, ¿recordáis? Pues bien: gesto por gesto, yo no sé cual preferiría como expresivo de la raza: ¿el aquel que plasmó Velázquez, o éste, que tradujo Casado del Alisal.

José Bonaparte haye aterido de Madrid. «La suerte del imperio francés se ha decidido.» ¿Es posible vencer a Napoleón! Lo demás será ya un rodar desenfrenado hacia Santa Elena.

Zumalacárregui

Soldado raso en la defensa de Zaragoza contra el francés, guerrillero de Jáuregui, capitán luego y coronel de Infantes, no concebimos, sin embargo, la figura de don Tomás de Zumalacárregui sin esa ancha boina rígida, horizontal, ligeramente terciada, sobre su cabeza, que es como una prolongación de su largo bigote y sus recias patillas, parte integrante de su persona: porque la boina es el carlismo y el carlismo es el alma de don Tomás de Zumalacárregui.

Era triste la Patria por aquellos días de 1833. Se moría España. Pero, ¿dónde y quién el enemigo que la apuñalaba? En las viejas luchas de Italia y de Flandes, de América y de la Independencia, claro y concreto fué siempre el adversario, fácil su localización para la derrota y fácil la consigna española para ser y no morir: la expansión unas veces, la misión otras, la expulsión algunas. Pero ahora, difuso e inaprensible el enemigo: sombras que vuelan, que enredan los ojos, enturbiándolo; nada más.

Zumalacárregui posaba en Pamplona, apartado de mandos militares, pensativo y ausente. De repente, un clarín por el viento: insurrección en Navarra. Ladrón de Cegama alzaba banderas y un alarido rodaba por las montañas: recuperar el genio de la Patria.

Reunión de militares en Estella. Es allí donde, emocionadamente, las manos juveniles de Zumalacárregui toman como «una gema iridesciente» la esencia de España que se le entrega. Y ya en sus manos, ¿quién ha conocido capacidad organizadora como esta del general en jefe de los Ejércitos de Don Carlos? De una dispersa ansiedad ha surgido un ejército disciplinado, eficiente. ¿Y quién conoció estrategia más firme en la guerra de la montaña? Envueltos en una humareda de batallas, rápido desfile de generales adversarios derrotados: Orás, Figueras, Córdoba, Aldama y el mismísimo Espotero...

Don Carlos María de Borbón pasa la frontera, abraza a Zumalacárregui entre vitores enardecidos de sus tropas.

Pero... Cielo bilbaíno, negro y áspero. Allí, junto a la basilica de la Virgen del Zapato Blanco, el general examina los efectivos para el sitio. Una bala perdida rasga el aire. Zumalacárregui se lleva rápido la mano al muslo: tuerce el rostro en rictus de dolor.

¡Dobla campanita, dobla que murió Zumalacárregui bajo el cielo de Deagoña...!

Se va apagando la estrella de Don Carlos. Pero ya para siempre queda localizado el enemigo. Para siempre, en espera de una luz...

Prim

De puntillas sobre los estribos del caballo, cancho pantalón rojo, levita azul, ke-



Zumalacárregui

pis de paño y visera levantada al estilo francés, el conde de Reus es una llama electrizada y fulgurante. Estampidos de cañón atruenan el ámbito; nieblas de pólvora ahogan el paisaje. La sangre fría de O'Donnell—general en jefe—dirige la batalla. Es inmenso el aparato bélico de los moros aquí en Castillejos. El regimiento español del Príncipe, sobre una altura, está cercado y en trance de suprema angustia. Y corre a auxiliarse la reserva: el regimiento de Córdoba, que manda Angulo, con el que Prim está. Sueltan los de Córdoba sus mochilas para atacar más desembarazadamente. Pero a su vez acometen con tan recia furia los moros que—Inmóvil—vacila el regimiento español. Y es entonces el relámpago. Prim, de un zarpazo, arranca la bandera hispánica al abanderado del regimiento. La ondula sobre su cabeza. No es ya una llama el general: es —llamaradas gualdas y rojas— una hoguera que corre, restrallando en el viento una palabra que no sabemos si es arena o si es clamor:

«Soldados! Vosotros podéis abandonar esas mochilas porque son vuestras; pero no podéis abandonar esta bandera, que es de la Patria... Yo voy a meterme con ella en las filas enemigas. ¿Permitiréis que el estandarte de España caiga en poder de los moros? ¿Dejaréis morir solo a vuestro general?»

Y como un tromba, la bandera desplegada, hiere ijares el conde y abre brecha en las filas enemigas. Tras él, los infantes de Córdoba, caldeados, volando en furia desenfrenada, son un rodillo que todo lo arrasa. Se dispersan los moros en desbandada. Los clarines truenan la victoria española.

¿Fué la palabra? ¿Fué la estrategia? ¿Fué el hombre! La palabra de Prim! Allí donde no podía llegar su puño llegaba su palabra. ¿Recordáis aquellas lágrimas de Alarcón ante la arena del general a los voluntarios catalanes cuando la batalla de Tetuán? Arena en catalán, que Alarcón no entendía, pero que le estremeció el alma como un trueno. Hablaba Prim, y era tal la fuerza de su frase, que al apagarse el verbo, largamente latía su estela, envolviendo la pequeña cabeza, el tórax estrecho—enclenque—del general, cuya figura física sentíamos, así, por un instante, en el silencio fecundo, atlética y musculosa.

Faroles de gas por las esquinas; capás con su embozo hasta la chistera; torvos ojos de las tenidas masónicas que dirige París; intrigas de antecámara... Otra cosa muy distinta del estampido vibrante de Africa es este Madrid del 800. Rápido, entre las sombras, doblando la esquina de la calle del Turco, se desliza el coche del general. Dos fognazos; se desbocan los caballos, y el busto de Prim se dobla entre los cojines. A las pocas horas el Rey Amadeo, el de la fina barba partida, de pie, ante el féretro, siente que una lágrima —no las lágrimas de coraje de Alarcón: una lágrima de pena—le ahoga, cruzando amarga sobre sus negros ojos italianos.



Prim

proveniente bajo los cielos ardientes de Africa. Nada que su buena estrella? ¿A cualquier precio que haber en este hombre, a cuya feroz en las escalas sumisas de color y de... El cuerpo sereno del soldado giró, en bellísima General de Zaragoza: «Caballeros cadetes! Se a, penetrando hasta en sus últimos resquicios. Icción de nuestro se hizo de pronto clamor y almente el impetu guerrero de la Patria hasta

de la capital; la caída del Imperio a manos del español... ¿sabemos cómo fué; nadie lo sabe. ¿una empresa militar denostado sorprende para una novela y sin ejemplo en las páginas de la Historia? Al lado de Cortés, bellísima e insinuante de los españoles —¿cuántas veces les pasó la victoria?—, apasionada de España por apasionada del Capitán. Amor de Hernán Cortés. El hervor de la naturaleza se ha ordenado en el orden del espíritu. Pero hay algo más, algo que no es España, ha creado: fusión de culturas española e india: el mestizo. En lo lejos, en Trento, las sombras de los teólogos discuten.

Duque de Alba

El juego de sombras es el retrato del duque; este retrato que le hiciera el Tiziano

La Infantería y su evolución histórica

Por el COMANDANTE PEREZ DE LEMA

ES la Infantería el alma y el nervio de los Ejércitos, la que les proporciona sus principios de vida, sentimiento y acción y el medio principal para la ejecución de su fin. Es, en lo material, al Ejército, lo que el hormigón a las modernas construcciones. En lo moral, su valor no admite símil comparativo, porque lo es todo. La moral de un Ejército es la de su Infantería.

Desde la antigüedad ha sido el Arma principal, y su bien ganado título de Reina de las Batallas lo ha venido ostentando hasta nuestros días, empujando como cetro el termómetro de la moral y de la potencia de los pueblos a que pertenece, y de los cuales, por su origen y reclutamiento, es su más genuina representante.

Ya en la falange griega más de las tres cuartas partes de sus 8.000 combatientes eran de Infantería, y con esta organización brilló el genio de Alejandro aniquilando al Imperio persa, en cuyos Ejércitos, mucho más numerosos, entraba la Caballería en mayor proporción. Entonces, como siempre, el genio del capitán y la calidad de las tropas triunfaron sobre la superioridad numérica y material.

En la organización de la huestes cartaginesas y las legiones de Roma servía de base su Infantería que, encargada en la lucha del choque, o sea, la misión principal, era la que decidía la victoria, encargándose la Caballería, el Arma rápida de entonces, de completar la mediante la persecución.

La primera Infantería española la vemos personificada en aquellos guerreros turdetanos que arruinaron el Imperio cartaginés del siglo III antes de J. C. y las guerrillas hispánicas que, inaugurando un sistema de guerra genial, que a través de la Historia nos habría de hacer famosos, resistieron durante doscientos años al poderío de Roma, a quien bastaron solamente nueve para someter todas las Galias.

Después, tras la romanización de la Península, son los infantes hispanos los que van a engrosar las más selectas legiones de la Roma imperial. Los que bajo el mando de Trajano, el gran César hispánico, conquistaron para el Imperio uno de sus más grandes florones: la provincia de la Tracia.

En los Ejércitos de la Edad Antigua, la táctica, como siempre, consecuencia del armamento, constituido entonces por armas blancas y arrojadizas, era muy similar. Los órdenes de combates, ya lineales, ya profundos, eran concentrados para dar al conjunto solidez, tanto ofensiva como defensiva. En la época del apogeo romano la unidad táctica superior era la legión (cuatro mil infantes y trescientos jinetes), con lo que los Ejércitos, compuestos de un variable número de legiones, de conjunto, principio soberano del arte militar, estaba asegurada por la magran ágiles y maniobreros; la acción nifica unidad moral y la voluntad de vencer. Pero con la decadencia vino la baja de calidad de las tropas romanas, es decir, de su Infantería, y entonces hubo que buscar la acción de conjunto haciendo unidades tácticas más densas y numerosas y dotando a éstas de máquinas y artificios que compensasen la falta de acometividad de sus infantes. Así nació la legión-falange, unidad compuesta de 30.000 hombres, que, con menor proporción de In-

fantería, iba prendida y flanqueada por numerosas máquinas de guerra, que, no obstante, no consiguieron detener el viril empuje de los bárbaros. Al decaer la moral del pueblo falló el valor de su Infantería, y con ella se derrumbó el Imperio.

En la Edad Media, como consecuencia del régimen feudal, la Infantería perdió todo su predominio, llegando casi a desaparecer. Y esto fué así porque las clases populares, reducidas a la más humillante condición, perdieron su personalidad. El castillo, símbolo del feudalismo, imponía una clase de guerra cuyas características eran la rapidez del ataque y la veloz retirada, con facilidades para el transporte del botín. De aquí nació la gran preponderancia que adquirió la Caballería.

Pero esto no sucedió en España, donde el feudalismo no adquirió el carácter de los demás países. El señor feudal, como en toda época el señor español, nunca fué tiránico con sus vasallos, y la prueba de ello está en que al pie de los castillos se asentaban y prosperaban los pueblos a su amparo y defensa. Y fué de esta unión de señor y vasallos de donde surgieron las tropas de Infantería, aquellos piqueros y ballesteros que se batían no para ganar dineros sino privilegios para sus villas, que el señor, amplia y generosamente, concedía. Así tuvimos nuestra Infantería, mientras en los demás países apenas la conocían, y animada, además, de una moral basada en ideales, a diferencia de las que en algunas ocasiones se organizaron en otras latitudes, compuestas de bandas de facinerosos mercenarios, a los que no movía otro ideal que el pillaje.

El Renacimiento, que también lo fué para el arte militar, señala la resurrección de la Infantería, que volvió a empuñar su cetro de Reina de las Batallas, para no soltarlo hasta nuestros días.

Fué paladín de esta resurrección un español, Genzalo de Córdoba, que es la primera gran figura militar de la Edad Moderna y una de las más geniales de la Historia. Tuvo la gran fortuna de mandar tropas españolas, y con esta inmejorable primera materia y su talento supo crear y organizar la mejor Infantería del mundo, la que fué artífice de ese gran Imperio espiritual y material en cuyos confines no se po-

nía el sol, ya que marca con sus victorias los jalones de una carrera gloriosa de siglo y medio que llenan una Era histórica bautizada con el nombre de Preponderancia Española.

Este Gran Capitán supo sacar de la Historia los principios del arte militar de la antigüedad clásica, adaptándolos a su época, que con la aparición de las armas de fuego marcaba una revolución, y a la gente que mandaba. Fruto de esta adaptación fué el nacimiento de un Ejército a la española, con una estrategia y una táctica a la española, revolucionaria y abrumadora por la constancia, la celeridad y lo imprevisible de la maniobra, con sus ataques certeros, sus rápidas y hábiles marchas y contramarchas. Sus campañas de Italia son un verdadero prodigio, y la belleza de sus maniobras tal, que con Cerriola y Garellano hay materia sobrada para escribir un tratado completo de arte militar.

Aquellos Tercios que pasaron victoriosos por todos los teatros de guerra terminaron por ser abatidos, no vencidos, en Rocroy, y con ellos terminó la hegemonía de España, que al defender en Europa el Imperio espiritual del Catolicismo defendía su propio Imperio. Pero la Infantería española no murió en Rocroy; esta acción marca tan sólo el fin del poderío militar de España, ya en aquel entonces agonizante políticamente; pero su Infantería siguió dando señales de vida siempre que en el curso de la Historia tuvo necesidad de demostrarlo.

Después... Condé, Turenna, Federico de Prusia... van marcando la lenta evolución del arte militar, y la Infantería sigue su reinado.

Es Napoleón el que nuevamente revoluciona el arte guerrero y el que marca el principio de la Era militar contemporánea, la guerra de grandes frentes con grandes efectivos. No hemos de seguirle en sus hazañas victoriosas por Europa. Su estrategia, de largas líneas de operaciones y marchas concéntricas; su táctica, atacar el centro enemigo, e introduciendo una cuña, batir separadamente las dos alas; su fin, el total aniquilamiento militar y político del adversario, destrozando sus ejércitos y ocupando sus capitales. Es un artillero con espíritu de infante e instinto de almirante.

Pero su genio y sus magníficas tropas, hasta entonces siempre victoriosas, fracasaron ante el genio improvisador y la bravura de los guerrilleros hispanos, que si no encontraron un Gran General que los guiase, contaron con muchos Grandes Capitanes, cuyas hazañas contra las tropas imperiales, aunque distanciadas en el tiempo y en el espacio, no estaban exentas de acción de conjunto y alimentadas de un mismo ideal: la voluntad de vencer. La Infantería que Napoleón creyó enterrada en Rocroy surgió de nuevo, porque el pueblo, su vivero, no había muerto. La táctica empleada durante aquella epopeya fué genuinamente española y de Infantería, la que imponía el terreno teatro de la lucha y los medios con que se contaba, una Infantería mal armada, pero animada de una magnífica moral y de insuperables cualidades guerreras.

Se llega a la guerra de 1914 con un concepto lineal de la estrategia y de la táctica; los Ejércitos, utilizando la carretera y el ferrocarril, han chocado en el combate línea contra línea. El envolver una línea o atacarla de revés está en la idea de maniobra de todo jefe, pero los enormes efectivos empleados restan agilidad de movimientos, y la maniobra se reduce a ataques frontales que el enorme poder del fuego de las armas modernas hace costosísimos. Viene la estabilización; la Infantería no maniobra, y se entierra. El Arma está en crisis, porque ha perdido sus características.

Pero la Era militar en que vivimos puede llamarse la del petróleo, y las grandes batallas ya no se riñen sobre líneas, sino sobre grandes espacios, con sus tres dimensiones, y el cuadro del gran drama se nos presenta a la vista: con la Aviación, que salvando todas las líneas, ataca las retaguardias, y transportando Infantería, lleva la lucha a lugares antes asegurados por el tiempo y la distancia; los elementos acorazados, que penetran profundamente en el dispositivo enemigo, desorganizándolo; la Infantería, que con su inseparable Artillería se traslada con inusitada rapidez, desplazando en breve intervalo el centro de gravedad de la lucha. La maniobra ha resucitado, la Infantería vuelve a reinar como dueña y señora del campo de batalla, los ingenios de guerra que mueve el petróleo lo han hecho posible.

Y es ahora cuando la Infantería ha llegado a reinar tan tiránicamente, que ha impuesto a las demás Armas la necesidad de instruirse y educarse con «espíritu de infante». Todas las Armas y Servicios deben estar preparados para el combate en las pequeñas distancias, para el combate clásico de Infantería, puesto que la Infantería enemiga puede llegar a cualquier sitio y en cualquier momento; y para ese combate hace falta estar preparado con moral y espíritu de infante.

¡Supremacía de los valores morales! que todos los Ejércitos preconizan, pero que no todos comprenden, desgraciadamente para ellos, como nosotros, a quienes no nos es necesario inculcar ese «espíritu de infante» a que nos referimos, ya que ahora, como en Numancia, Garellano, Pavia, San Quintín, Bailén..., está dentro de nuestro pueblo: es el patrimonio más preciado de ¡Nuestra Raza!

EXPERIENCIAS INDUSTRIALES

(S. A.)



TALLERES EN ARANJUEZ

(Madrid)

FALANGES, LEGIONES Y TERCIOS

Simbolos de espiritualidad y de disciplina de la Infantería

Por FELIPE SANFELIZ

Si la organización bélica de un Ejército es una consecuencia inmediata del ideal nacional y de su capacidad económica, la espiritualidad y estructura de un país lleva en sí el germen de su táctica política y militar. Nada más propicio, por tanto, en este día clásico del año, de simbolismo religioso y marcial, que rememorar los pasajes, ya un poco legendarios, de la Historia, que nos vivifique la confianza en nuestro carácter y nos inspiren fe inmovible en nuestros futuros destinos.

Pero si las naciones sólo perduran impulsadas por el mandato imperativo de su moral, y cada país vive y revive por el recio vigor de su factor geográfico, del cual el hombre es su elemento preponderante, en nuestra España, signo genuino de naciones de sentido universal y de supervivencia ajena e intereses e influencias extrañas a su Solar, es en donde más armoniosamente resalta la trabazón existente entre su modo de ser específico y el de las Instituciones militares que la salvaguardan.

Reflejo claro de esta clarísima cohesión la presenta nuestra propia Infantería, que por ser muy nuestra fué siempre única, y por ser única logró imponer con rigor innovador carácter propio a las evoluciones bélicas de todos los tiempos.

Es difícil, por tanto, escribir o simplemente reflexionar sobre la evolución táctica de la Infantería sin tener que mencionar a nuestra propia Infantería; y esto acontece así, porque decir Infantería equivale a decir hombría, espíritu, acción, ímpetu, audacia, iniciativa, tenacidad, dureza de cuerpo, fortaleza de ánimo y, por encima de todo, desprendimiento y abnegación, y todas estas cualidades no están mejor vinculadas sino en el hombre español, aunque nuestra modestia nos conciba de manera de ser distinta.

El hombre es el origen de la Infantería. Esta nace en el instante mismo en que el ser humano necesita defenderse, y la mejor defensa consiste en atacar. El, a partir del momento en que se arma de palo, de piedra, de flechas, de dardos, de venablos, de picas, de espadas o de lanzas, crea el fundamento básico de la Infantería, estableciendo el predominio del hombre sobre el arma, que éste es precisamente la naturaleza misma del arma y el factor intrínseco de su existencia.

El hombre es, por tanto, infante por esencia y potencia desde los tiempos más remotos.

Después, cuando la sociedad brota de los atisbos de una civilización rudimentaria, nacen ya organizaciones militares en las que comienzan a perfilarse los principios de la Falange que más tarde los griegos, en el periodo de su predominio, elevan a un grado de perfeccionamiento extraordinario.

La falange constituye, pues, los fundamentos de la organización bélica de todos los pueblos, y, por ende, al integrar su esencia, en las épocas inmediatamente anteriores y posteriores al predominio griego.

Ella, y más principalmente la Falange macedónica, determina no sólo la formación especial de las tropas ajus-

tadas a principios geométricos, sino que implica la condensación del espíritu de la época, las escasas posibilidades del armamento y el grado de perfeccionamiento de los procedimientos tácticos.

Como formación de orden de combate se constituye en dos líneas de Infantería y dos alas de Caballería. La primera línea de oplites, soldados armados de espada corta y de sarisa, picas de seis metros de longitud; la segunda, integrada por peltastas armados por una pica más corta; cubrían a ambas líneas los psilitis honderos o arqueros que se batían a la desbandada y se replegaban por los intervalos sobre las dos líneas.

La falange era sólida y densa. Muralla humana erizada de picas, disponía más de capacidad defensiva que de aptitud ofensiva. Sólo su enorme masa y el abrumador efecto moral de su posible choque predisponía mejor que se imponía al enemigo. Su fortaleza se basaba primordialmente en la concentración de las voluntades en un ideal común hecho materia por la formación geométrica y no en el atuendo químico de sus rudimentarias armas.

La falange no era, pues, un mecanismo perfecto. Hoy, como ayer, las organizaciones bélicas responden a dictados espirituales y materiales, y no por ello en los tiempos de predominio griego era el espíritu selecto y el afán de orden y disciplina el que se imponía sobre la masa sin moral y sin cohesión.

Abatido el poderío griego y erguido el poder de Roma, nace como organización fundamental de los Ejércitos, y más propiamente de la Infantería, la Legión. Ella indica, con su fuerte moral, su organización y sus métodos tácticos, función del armamento, toda la posible evolución en la época.

En su larga existencia sufrió modificaciones, según el influjo de tribunos, dictadores, cónsules y emperadores, los que dan variedad a la composición y al empleo táctico de la Legión, atendiendo a factores la mayor parte imponderables.

Sus variaciones esenciales consisten en desterrar de la falange macedónica su incapacidad de maniobra y su inflexibilidad táctica. Más ágil, más maniobrera la legión, mejora sus procedimientos, en los que se reflejan poderosamente la sobria experiencia deducida de las guerras con Aníbal, que no hay que olvidar que las llevaba a cabo con soldados, la mayor parte celtíberos, de aptitud, condiciones y virtudes netamente españolas.

Pero sobre toda cualquier condición resalta en la falange macedónica y en la legión romana la tendencia de hacerla poderosa merced a una gran capacidad de choque, medio ofensivo y defensivo que, tras el curso de los tiempos, han de tratar de lograr y perfeccionar todos los Ejércitos como característica más importante de su Infantería.

Esta capacidad de choque sólo la masa puede proporcionarla en aquel entonces, y a la masa acuden griegos y romanos mediante su formación en falange y en legión.

Pero como el ser humano tiene resortes suficientes para escapar a toda ac-

ción, la maniobra se impone como arma y como medio: como arma, porque aniquila el adversario, y como medio, porque permite rehuir el choque aventurado. Esta propensión, que se vislumbra en la legión, de dar forma práctica a la posibilidad de maniobra, la consiguen los artífices de la táctica romana mediante la concentración más elástica de las unidades y del conjunto de la legión. Con ella nace ya otra de las posibilidades clásicas y legendarias de la Infantería, cual es la aptitud para maniobrar, que se obtiene por el movimiento.

Claro que ninguna de las posibilidades que se inician en la Infantería en las épocas griegas y romanas no pueden perdurar sin el influjo de los valores morales, que tan marcado poder ejercen sobre el Arma, y de ahí que la cohesión inspirada por la disciplina y el espíritu militar nacido del ideal patrio sean los lazos espirituales que yerguen a la falange o a la legión contra el materialismo y la individualidad.

La Edad Media nada indica para la Infantería, ya que ésta no es sino la representación genuina del carácter de la raza, y éste no halla en los tiempos de huestes y mesnadas fundamentos colectivos de integración.

Ni unas ni otras gozan de estabilidad suficiente para formar un conjunto coherente, y así su imperfección se mantiene latente. Es el espíritu de los tiempos que se infiltra en señores y vasallos y que no ha de desaparecer hasta la época siguiente.

El reinado de los Reyes Católicos define claramente, en contraposición a la inacción anterior, el renacimiento militar, acusado especialmente por la perfección de la Infantería.

La invención de la pólvora señala la apertura del ciclo de influjo y preponderancia del arma de fuego, que se desarrolla en siglos siguientes, y que aun hoy es temerario darlo por consumado.

El Gran Capitán es el artífice de la transformación. El arcabuz, arma a todas luces rudimentaria, en trance de perfección por españoles, es el elemento innovador que en Cerriola patentiza su importancia. La Coronella, la organización adecuada para saltar de las organizaciones anteriores a las que aun hoy día se conservan con distinto nombre y composición, pero con recio aboleo.

Se comienzan a sentar los primeros jalones de la doctrina táctica, es decir, las unidades luchan bajo los auspicios de la disciplina en acción, del mutuo apoyo y de su recíproca protección.

Esta doctrina táctica la inspira la necesidad de permitir la actuación, en cierto modo independiente, de las unidades, en tal forma que quede enlazada con las de las demás, en bien del conjunto general. La formación de orden de combate, vinculada en la guerrilla, se simplifica, se amolda a dos factores principales: a la ejecución del fuego y al fácil movimiento en el campo de batalla.

Agilidad, movilidad, sorpresa y contrataque son las características que imprime a la acción el Gran Capitán. Audacia, espíritu y abnegación, las virtudes militares precisas para sostener el ímpetu de sus soldados.

Pero como ni el fuego de las armas

es suficiente ni la maniobra táctica encuentra su expresión certera, el combate al arma blanca sigue imperando, si bien aquéllos ya han adquirido carta de naturaleza en la Infantería, y en lo sucesivo no se podrá operar sin tenerlos en cuenta. Estos son precisamente, en unión del espíritu de empresa, reflejado en la emboscada, en la estratagemas y en las acciones audaces, las premisas que el Gran Capitán establece en el orden táctico, que se perfeccionarán posteriormente, con arreglo a los adelantos modernos, pero que no desmerecerán ya en lo sucesivo, porque ellas fueron el origen de los principios tácticos de los tiempos modernos.

El renacimiento militar provocado por el Gran Capitán alcanza su perfeccionamiento máximo en el siglo XVI con Carlos I.

El arcabuz, sucesivamente mejorado, da impulso vivificador al empleo decidido de las armas de fuego, al hacer éstas más manejables.

Los Tercios, unidades tradicionales de nuestra Infantería, surgen potentes como agrupación de fuerzas que acepta los adelantos de la época y que precisan bien el empleo de los medios que el Arma tiene: el fuego que prepara y la acción resolutiva que se cifra en el choque.

Posteriormente, la aceptación del mosquete y del fusil, que imprimen un avance destacado en el progreso de las armas, dan calor al empleo del fuego. Los Tercios, que siguen subsistiendo, si bien con composición homogénea, adoptan disposiciones de combate basadas en la formación en guerrilla, cuyos inconvenientes son la dificultad de la acción del Mando y su incapacidad para el movimiento.

La creación más tarde de unidades de granaderos y la adopción del cuchillo-bayoneta, que permite al propio tiempo hacer fuego, originan la desaparición de las picas. Si a esto se añade la introducción del armamento rayado y el fusil de aguja, habrá terminado el ciclo de perfeccionamiento industrial de las armas portátiles hasta la utilización del armamento automático.

Sólo queda, y tras el tiempo se logra, coordinar con precisión el empleo del fuego, el movimiento y el choque, con lo que la Infantería alcanza el siglo XIX, en el cual su evolución consiste en adquirir vigor físico, al objeto de dotar al hombre de las condiciones necesarias para resistir, sin menoscabo de su moral y de sus aptitudes materiales, todas las privaciones, riesgos, fatigas y peligros a que él está sometido, como consecuencia de la complejidad del combate moderno; perfeccionar sus cuadros de mando, cada vez más técnicos; modernizar su instrucción profesional, progresivamente más vasta, y, por fin, cuidar su moral, que siendo su más importante basamento, es también su más sensible facultad. Y así ocurre, porque falanges, tercios y legiones, que han sido en todo tiempo representaciones genuinas de la Infantería, son también cuna y escuela en la paz; y crisol en el que en la guerra se funden las más gloriosas acciones y los más estóicos sacrificios del alma.

LA INFANTERIA EN LA GUERRA DE LIBERACION

Por PABLO ALVAREZ DE LARA

SOLAMENTE puede decirse que un soldado de Infantería está preparado para la guerra cuando está dispuesto a morir en la lucha. El armamento y el material, la instrucción y los cuadros de mando, el vestuario y la organización, son fundamentales, condiciones necesarias si se quiere, pero que de nada sirven si no existe en el soldado ese estado de ánimo, esa disposición a darlo y perderlo todo, hasta la propia vida, en el continuo batallar de cada día.

La guerra es la lucha entre dos voluntades; a éstas las refuerzan los propios medios, las merman o intentan reducir las armas y el genio del enemigo, y en todos los casos la moral es su más firme sostén; y esta moral, factor fundamental en la guerra, y que existiría en todos los pueblos si en el combate no se muriera, está reservada, y en su más alto grado, a los pueblos elegidos, a los que saben rendir culto a sus pretéritas glorias militares y a sus héroes, a los que comprenden la vida como un depósito que les entregó la patria, que ésta puede pedir en todo momento y que ellos están dispuestos a dar.

Esta era la moral del español el 17 de julio, y así fué posible que naciera, junto a los exiguos batallones que el Frente Popular no pudo destruir, aquella abigarrada Infantería, camisas azules y boinas encarnadas, que al valor heroico, al desprecio a la vida, a la fe ciega en el triunfo y el entusiasmo arrollador unió la improvisación del primer momento en medios y organización, y con esa moral se lanzaron por los caminos de Madrid a la lucha, a la muerte y, sobre todo, a la salvación de España, y así esa Infantería tan característica se dió bien pronto a conocer, estableciéndose en avance fulminante en Somosierra y en el Alto de los Leones. Esta fué la primera amenaza que sintió Madrid, y la fiera revolucionaria de la capital se desangró inútilmente ante los justos que guarnecían la Sierra.

Mientras tanto, la Infantería marroquí, legionarios y regulares, hombres endurecidos por la más ruda vida militar, Banderas y Tabores siempre a punto de tomar parte en acción de guerra inmediata, tras el milagroso paso del Estrecho el 5 de agosto y el continuo transporte aéreo, forman sus unidades en Sevilla—providencial cabeza de puente de que dispuso Franco para su Ejército de África—, y en veloz avance, conquistada Mérida, hecho contacto con el Ejército del Norte, después de asaltar Badajoz, buscan la línea del Tajo, en su anhelo de alcanzar Toledo—el Alcázar, cuna de la Infantería—y correr luego a Madrid, que por entonces lo era todo.

Infantería marroquí va a tener una misión ruda y principal durante toda la guerra; pero hasta alcanzar y forzar el Manzanares por la Ciudad Universitaria ha de soportar el peso total de la guerra. ¡Infantería marroquí! Punta de acero del bloque del Ejército Nacional, como un jefe rojo la llamó; feliz idea que hizo volcar sobre Tabores y Banderas todo el esfuerzo del enemigo, y así, en su feroz angustia de buscar la destrucción de esa punta acerada, se sucedieron vertiginosamente Talavera, Maqueda, Torrijos, Toledo, Bargas, Illescas, Campamento, Casa de Campo, para, al fin, coronar la gran empresa de la Ciudad Universitaria. Se había avanzado centenares de kilómetros y tomado contacto con Madrid con un Ejército formado

por cuatro columnas, en total ¡cuatro regimientos de Infantería marroquí! No se atendía a los flancos ni a las comunicaciones; el solo afán era avanzar, chocar con el enemigo, destruirle, llegar a Madrid. Se vivía sólo para la lucha; se pensaba sólo en combatir; no se conocía la palabra permiso; el ser poco resistente era pecado; el caer enfermo, vergonzoso. Y así regulares y legionarios llegaron ante Madrid; pero... sólo unos centenares; no pasaban de dos mil. Hicieron su esfuerzo supremo, pero cumplieron bien. De toda la España liberada fluían nuevas unidades, y pronto hasta el último rincón de la Patria llegaría el nombre de otra Infantería: la de las Brigadas Navarras.

Guerra en el Norte. Enemigo duro; terreno más duro aún. Cinturón de hierro y otras fortificaciones, todo salta triturado ante la Infantería de las Brigadas, que avanzan cantando. Grandes victorias: Bilbao, Santander. Millares de prisioneros. Hasta que se alcanza Gijón, donde se unen Brigadas Navarras y Batallones Gallegos. Ha desaparecido el frente Norte.

Puede afirmarse ya que la guerra ha sido ganada. El triunfo en el Norte significa la superioridad de medios, y esta superioridad va a influir decisivamente en los restantes frentes.

Diciembre de 1937. Infantería marroquí y Banderas de Falange, batallones

de línea y Tercios de Requetés forman ya la Infantería única, nervio y alma del Ejército Nacional, que se ha creado a lo largo de resonantes victorias. Infantería y Ejército se saben ya irremisiblemente vencedores. Surge Teruel.

¡Teruel! Páramos helados; extensiones casi despobladas, sin caminos, sin un árbol, sin un arroyo. Un ejército de más de cien mil hombres aseguró el éxito inicial de la ocupación de Teruel; las copiosas y repetidas nevadas reforzaron el despliegue defensivo enemigo en la zona ante esa capital. Allí a cudió nuestra Infantería, y se sucedieron cincuenta y cinco días de batallar constante entre las peores penalidades: los abastecimientos eran difíciles; faltaba agua; se fortificaba en un suelo rocoso; no se disponía de leña; el frío era intensísimo, sin disponerse de equipos apropiados; centinelas de noche a los que se les retiraba el fuego para que no fueran deslumbrados; escuchas a los que había que descubrir enteramente cara y oídos.

Así lucharon nuestros infantes, andaluces y castellanos los unos, marroquíes y canarios los otros; eran los mismos que fallecían de sed, bajo el sol abrasador de julio y agosto, en las batallas de Brunete, y de Belchite, y Mediana. Y, al fin... la victoria espléndida. Tras jornadas de treinta, cuarenta

y más kilómetros aún, Lérida, el Mediterráneo, el Maestrazgo.

¡El Maestrazgo, el camino de Valencia! ¡Qué duras son las rutas de España!

Última reacción enemiga. 25 de julio de 1938. ¡El Ebro!

Batalla del Ebro. Batalla de desgaste. Ciento catorce días de constante combatir, de sucesivas y diarias rupturas, en donde, al no ser posibles las grandes maniobras, las pequeñas unidades de Infantería hubieron de poner a prueba día por día su agilidad, su capacidad maniobrera, su bravura.

Avanzar bajo el fuego de todas las armas. Asaltar unas posiciones que no eran cedidas nunca sin una extrema defensa. Conservar un terreno que siempre era contraatacado. He ahí la ruda misión de la Infantería en la batalla del Ebro. Y así dieciséis semanas.

Más de millón y medio de proyectiles lanzó nuestra Artillería en preparación y apoyo de un indescriptible asalto de ciento catorce días, en el que la Infantería tuvo más de treinta y cinco mil bajas...

El esfuerzo, el sacrificio de los infantes de España no fué baldío; el portillo de la Cataluña cautiva quedaba abierto; pero, ¡qué lejos queda aún la frontera!... Son casi dos meses de rudas marchas. Nuestros infantes—botas con clavos, camisas remangadas hasta el codo—, con sus treinta meses de guerra, marchan con el mismo afán, con igual alegría que si de su primera acción de guerra se tratara. No cuentan los kilómetros recorridos ni los que aun han de recorrer... No siente el peso de los treinta meses que lleva de lucha ni le preocupan los que resten para que ésta termine; él es soldado de Infantería y ha encontrado lo suyo; no lo había pensado nunca, pero había nacido para infante.

Marzo de 1939. Última ofensiva. VICTORIA.

Todas las Armas han contribuido generosamente a la lucha; pero entre todos los soldados, el de Infantería es el que simboliza al combatiente.

Nuestro infante, bien conocido fuera de ESPAÑA a todo lo largo de la Historia, en la Guerra de Liberación supo elevar más altas aún sus grandes virtudes; así, en los primeros meses de la guerra descolgó el valor heroico de la defensa del Alcázar de Toledo, de Oviedo, Santa María de la Cabeza, Huesca y Villarreal, al tiempo que la Infantería de Marruecos, única verdaderamente organizada por entonces, probaba bien su pujanza y acometividad ofensiva. Luego, cuando toda la Infantería «fué Tercio»—fase feliz de uno de nuestros generales—, esto es, cuando toda la Infantería tuvo la organización, mandos y medios indispensables que la maniobra exige, surgieron esos batallones de infantes que dieron el triunfo en el Norte y en Teruel, en Aragón y en el Ebro, en el Maestrazgo y en Cataluña, y con ello la victoria final.

No dudarlo: el infante fué el nervio y eje de la victoria. Para él las máximas devociones, y en él esperemos y confiemos...

¡Victoria! Sólo Dios podía dárla; en nosotros estaba merecerla. Y en la Guerra de Liberación bien merecimos vencer; nuestros Mártires con su sacrificio, nuestras mujeres con sus oraciones, la juventud voluntaria toda, padres que dan a su segundo hijo el fusil que empuñó hasta morir el hijo mayor, y en especial nuestra Infantería, que con su sudor y con su sangre contribuyó a ello...



Una nave de los talleres de Retnosa, de la Sociedad Española de Construcción Naval

C. JORDANA FUNDADA EN 1831

Efectos militares - Condecoraciones militares y civiles
Banderas y estandartes para Regimientos y edificios

PRINCIPE, 7

Teléf. 13823

LA TACTICA DE LA INFANTERIA EN EL PERIODO DE AUTOMATISMO

Por EMILIO TORRENTE

La aparición de la ametralladora no fué apreciada en su positivo valor por los profesionales. Arma devoradora de municiones, se creyó en la imposibilidad de alimentarla durante un fuego prolongado. Y así, en un principio se dotó a las brigadas de Infantería de una sección, que se elevó a compañía de cuatro armas; algo más adelante pasa a ser arma regimental, en los años anteriores a 1914, para durante la primera Gran Guerra asentarse definitivamente en el batallón.

En la guerra 1914-18 surge además el fusil ametrallador, que realmente es una ametralladora ligera.

Ambos—ametralladora y fusil ametrallador—obligan a modificaciones sustanciales en el empleo táctico de las unidades de Infantería.

Estas modificaciones son debidas en gran parte a la potencia del fuego del arma automática. Antes de 1914 se decía que «el fuego era preponderante» en la acción; hoy podemos decir que sin fuego no puede darse un paso en el terreno de combate.

La naturaleza del fuego ametrallador—gran velocidad de tiro, trayectorias rasantes—da a la Infantería una capacidad defensiva considerable. Consecuencia de esta capacidad de conservación del terreno es la necesidad de dominar a los órganos de fuego que producen tiros sobre la zona por donde ha de avanzar la Infantería atacante. Luego fué menester, no crear, porque existía, sino aumentar en número y posibilidades a la Artillería. De esta manera, al aumento de potencia defensiva de la Infantería corresponde un aumento de posibilidades de la Artillería; por eso se dice que el fuego ametrallador es un fuego esencialmente defensivo y el artillero es ofensivo.

Corrientemente se dice, aun entre profesionales, que el automatismo del armamento introdujo, en táctica, el orden profundo. Esto no es absolutamente cierto. Esta afirmación es completamente gratuita.

El orden profundo, es decir, la disposición de las tropas en varios escalones sucesivos, existió siempre, por la necesidad de la reiteración de esfuerzos y de acudir a remediar lo imprevisto o las ventajas que el enemigo haya podido alcanzar.

El orden profundo no es una novedad debida a la ametralladora, pues ya entre griegos y romanos existía, por no citar algún ejemplo más lejano.

El despliegue del Ejército griego se efectuaba en dos líneas: la primera, constituida por la falange de oplitas, y la segunda, por la episenagia de peltastas; sin contar a los velitas, verdaderos escaramuceadores, que aumentaban la profundidad del orden de combate griego. Pero aun dentro de cada línea, la profundidad era considerable.

El sintagma de oplitas tenía una profundidad de dieciséis hombres, mientras que las formaciones de peltastas solamente alcanzaban la de ocho en fondo.

Entre los romanos, su Ejército se disponía en tres líneas de manipulos, que si inicialmente fueron heterogéneos, más adelante, en el periodo anterior a Mario y Grilo, fueron homogéneos.

La primera línea de manipulos estaba constituida por los hastarios, soldados más jóvenes y menos experimentados del Ejército; la segunda línea, por los manipulos de principes, de igual

composición que la anterior, y la tercera línea, por los triarios, soldados experimentados, que eran al orden manipular romano lo que los oplitas al falangista griego, de la mitad del número de hombres de cualquiera de las anteriores. Este orden de combate era, como se ve, profundo; aumentaban todavía la profundidad del despliegue los psilitas, que a vanguardia de las legiones buscaban contacto con el enemigo.

La introducción del orden cohortal modifica la constitución de la unidad táctica, dándole masa, fortaleza defensiva; pero no modifica la disposición de líneas, aunque sí su constitución, por ser la cohorte unidad constituida por la agregación de tres manipulos: uno de hastarios, otro de principes y otro de triarios.

En tiempos inmediatamente anteriores a la introducción de la ametralladora el orden profundo era una obligada consecuencia de principios, como el de reiteración de esfuerzos y seguridad, que obligaban a tener a disposición del jefe fracciones de tropas para intensificar la acción en las direcciones de su maniobra, alimentar el combate o efectuar paradas a las reacciones enemigas.

Como ejemplo podemos ver el despliegue de varias unidades. La compañía se disponía en dos escalones: guerrilla y sostén. El batallón, en tres: guerrilla, sostén y reserva parcial. El regimiento añade un cuarto escalón: la reserva propia; la división, un quinto escalón: la reserva divisional. Todo esto representa fondo considerable; es decir, el orden era profundo; por lo tanto, no ha sido ésta la novedad que en el campo de la táctica de Infantería introduce el automatismo de su armamento.

Veamos cuáles son las novedades y de dónde nace la idea equivocada de atribuir a la ametralladora ligera la introducción del orden profundo en el campo de la táctica de Infantería; el error, en cierto modo, es explicable, como luego veremos.

De los escalones del orden de combate, el primero, «la guerrilla», era una formación que obedecía a la necesidad de dar al despliegue la máxima potencia de fuegos compatible con las otras necesidades que a su vez habría de cumplir. Como el arma de fuego de la Infantería era exclusivamente el fusil, la única manera de lograr la potencia apetecida era situar los hombres unos al lado de otros; pero como esto aumentaba los riesgos que habian de correr los hombres, se recurrió al expediente de aumentar las distancias entre ellos, viniendo a ser la guerrilla una fila intercalada a un mínimo de dos pasos entre los soldados.

Esta entidad «guerrilla» era una formación apta para la producción de fuegos y de muy poca agilidad para el movimiento.

La aptitud de fuegos era también más teórica que real. Se creía entonces que el tiro de la sección de fusiles podría ser dirigido por su jefe como el de una manga de riego; muchos profesionales, tenidos entonces por herejes, opinaban que eso no sería posible durante la guerra, surgiendo teorías más o menos ingeniosas muy conocidas entonces y muy citadas en los libros de estudios de aquella época. Sin embargo, las teorías de Tallembach, Massa, general Navarro y algunos otros no fueron tenidas en cuenta, prevaleciendo el criterio de la Escuela de Tiro francesa de Chalons, de la nuestra de Carabanchel y alguna otra.

La guerra de 1914-18 echó por tierra el tinglado; la guerrilla resultaba una formación immanejable, era difícilmente disimulable; descubierta—lo cual era facilísimo por su continuidad—, se podían seguir perfectamente sus movimientos. El avance hombre a hombre para cruzar espacios muy batidos restaba posibilidades de tiro; y esa languidez del tiro propio acentuaba la presión por el fuego del enemigo, con lo cual el peligro aumentaba.

Para remediar sus dificultades para el movimiento se recurrió al expediente de efectuarlo por escuadras: pero esto también disminuía las posibilidades de fuego, por lo menos la de las escuadras inmediatas a la avanzada, creándose tiempos de languidez de fuego.

Otro inconveniente de la guerrilla que se sumaba a los anteriores era la necesidad de embeber los escalones retrasados en la misma formación, para reforzarla cuando por bajas sufridas había perdido su capacidad imputativa. Esto ocasionaba la mezcla de unidades, con el consiguiente aumento de dificultades para ejercer el mando, ya difícil en una unidad de gran frente y ningún fondo.

La ametralladora sustituye la cinta que es la guerrilla por una serie de puntos diseminados sobre el terreno, sin idea alguna de alineación ni de distribución regular. De esta manera, como el fusil ametrallador es arma de cierta estabilidad, que le proporcionan sus patines de apoyo, puede efectuarse el tiro a través de las armas situadas más avanzadas. Con esto la antigua guerrilla se convierte en un orden profundo de fuegos, al disponer los pelotones—unidad en que el fusil ametrallador tiene su marco adecuado de empleo—escaqueados.

De esta distribución escaqueada nace el error de creer que el orden profundo es debido a la introducción del automatismo en el armamento, cuando en realidad es la causa que da profundidad al primer escalón de combate.

Con esto ya no es necesario intercalar unidades para proseguir la acción; la impulsión se verifica por relevo o paso de escalón, a lo cual se prestan los intervalos existentes entre

las unidades situadas en el escalón más avanzado.

La ametralladora acrecienta la potencia de fuegos de la Infantería en grado sumo, lo cual le da una extraordinaria capacidad defensiva. El fuego artillero prepara, apoya, pero no frena en absoluto. Sin embargo, en esto también hay, como en todo, algo de exageración. Se dice que las barreras de artillería se cruzan y que las de ametralladora son infranqueables. La segunda afirmación es cierta; la primera, exagerada. No se cruzan todas las barreras de artillería. Con nuestro mismo 75, una barrera a la velocidad de ocho disparos por pieza y minuto y frente de doscientos metros por batería no creo que se pase así como así, aunque no niego que por un hombre aislado pueda ser cruzada.

El hecho de ese aumento de potencia, facilidad de dirección por el ajuste rígido, hace que pueda producirse delante de toda posición defensiva una barrera densa, profunda y continua de fuegos, con la casi seguridad de detener si la preparación artillera enemiga no ha desvirtuado todo el sistema de fuegos; si al fuego se añade un obstáculo, material o artificial—mol sobre hojuelas—, la barrera es infranqueable.

Pero esto ocasionó la guerra de estabilización; la ametralladora, con su fuego abrumador, combinado con el alambre de espino, creó zonas infranqueables, a través de las cuales abrirse paso costaba ríos de sangre y toneladas de proyectiles; pero aun así, después de una preparación de varias horas, bastaba que algunas ametralladoras se salvaran de la hecatombe para detener el avance de las divisiones lanzadas al ataque.

De la necesidad de evitar las largas preparaciones, de abrir brechas en las alambradas y llevar un arma potente y protegida al mismo asentamiento de la ametralladora de la defensa surge el carro de guerra.

Primeramente el carro fué arma de la que se desconfió, más por empleo defectuoso que por otra cosa. Sin embargo, su eficacia para la ruptura no puede negarse, aunque en las operaciones proyectadas no se sacase de ellos todo el partido debido.

Al principio fué exclusivamente arma de acompañamiento de la Infantería, precediéndola sobre las zonas de terreno que era necesario neutralizar.

Los progresos de la mecánica aumentan la velocidad, radio de acción y seguridad de funcionamiento de los carros. Si la Infantería seguía con algunas dificultades al carro primitivo, al de hoy no puede seguirle.

Surge, pues, la necesidad de aprovechar ese aumento de radio de acción, y se recurre a dividir los carros en unidades de acompañamiento y de acción de conjunto.

Esta solución no es suficiente; es menester aumentar la velocidad de la Infantería, pues el carro no posee capacidad para la conservación del terreno; luego se impone la motorización de la Infantería, creando grandes unidades acorazadas por la agregación de unidades de carros e Infantería motorizada.

El automatismo hace posible que las unidades se defiendan de los peligros del aire siquiera sea dentro de un pequeño radio de acción. Con esto la Infantería alcanza una capacidad defensiva casi completa.

CASA ANDION
DEOGRACIAS ORTEGA
C. Imperial, 8-MADRID-Tel. 11233

EL ARMAMENTO DE INFANTERIA

Por NEMESIO BARRUECO



EN la historia general de la evolución del armamento aparece una diferenciación característica entre los modelos de las primitivas armas y los de las modernas, motivada por la fuerza propulsora o motriz, que en los primeros era muscular o debida a la impulsión producida por la elasticidad de ciertos cuerpos, torsión de cuerdas, etc., etcétera (arco, ballesta, honda), y en las segundas, la originada por la acción expansiva de los gases de la pólvora.

La invención de la pólvora, causa esencial de la referida diferenciación, es indudable que ejerció poderoso influjo en el estado social de Europa, en el desarrollo general de la civilización, y abrió las páginas de otra edad en el libro de la Historia Militar.

Nos es imposible, en estas breves líneas, enumerar detalladamente las modificaciones sucesivas, transformaciones y perfeccionamientos sufridos por las armas portátiles de fuego nacidas de aquel invento, y por ello sólo exponemos ligeras ideas que permitan formar un concepto general de la cuestión.

Las armas portátiles de fuego en los primeros tiempos de utilización de la pólvora se confunden con las piezas de artillería; sin embargo, y no obstante tener ambas el mismo origen y análoga finalidad, no se conocían en Europa las armas portátiles cuando estaba bastante generalizado el empleo de la artillería.

Las primeras noticias sobre la aparición de armas arrojadas por utilización de la pólvora datan del segundo tercio del siglo XIV (año 1334), recibiendo aquellas los nombres de bombardas, cañones de mano, máquinas de trueno, etc. Consistían estas armas en simples tubos, al principio de pequeñas dimensiones, abiertos por un extremo para introducir la carga y el proyectil, y cerrados por el otro, y en ellas se daba fuego a la pólvora por medio de un hierro candente o mecha, que se aplicaba a un orificio, oído o fogón, practicado cerca del extremo cerrado.

Muy pronto apareció la idea de cargar las armas de fuego por la parte cerrada o posterior, constando de dos partes, la recámara y la caña, adaptables una a la otra; la primera se llamaba «servidor» y se manejaba por un asa para ajustarlo a la caña, que era un sencillo tubo de hierro abierto por ambos extremos. Cada cañón tenía varios «servidores», a fin de que mientras se disparaban unos se cargasen los otros. En escultura existente en la sillería del coro de la catedral de Toledo, relativa a la guerra de Granada, se representa, in-

dudablemente, la carga de uno de dichos «servidores».

Los perfeccionamientos ulteriores afectaron:

- a la colocación del oído o fogón y a su protección contra los agentes exteriores;
- a la necesidad de buscar el apoyo del arma en el hombro del tirador para repartir adecuadamente la acción del retroceso;
- al mejoramiento del modo de aplicar la mecha al cebo, sin soltar el arma con la mano derecha, mediante la invención sucesiva de las «llaves de serpiente», «de rueda» y «de miguelete».

Estas modificaciones aparecen en las armas de infantería denominadas arcabuces, mosquetes y escopetas, correspondiendo a España el honor de inaugurar estos adelantos en el armamento, como lo atestigua que el arcabuz fuese empleado por los soldados que Colón, Pizarro y Hernán Cortés llevaron a la conquista de América; el mosquete, por los tercios españoles en Pavia y Flandes, y, finalmente, las escopetas que el Gran Capitán hizo construir en Italia y Cisneros llevó a la conquista de Orán.

Después de los anteriores perfeccionamientos transcurre cerca de un siglo sin que el armamento portátil sufra modificaciones de importancia, hasta que a principios del siglo XIX se inventó el «fusil de percusión», que sustituyó al de «piedra», obteniéndose en aquél la inflamación de la carga por el choque de un percutor sobre un «pistón», en cuyo interior existía una sustancia fulminante, es decir, inflamable fácilmente por la ligera elevación de temperatura producida por el choque.

Resuelto con el «pistón» o «cápsula» el problema de comunicar el fuego a la carga de proyección se pensó en mejorar las condiciones balísticas del arma para obviar los inconvenientes de la resistencia del aire, lográndose, mediante el «rayado» del interior del cañón, el «forzamiento» del proyectil, y, finalmente, la forma de éste, sustituyendo la esférica por la cilindrojival.

Como consecuencia de estas modificaciones aparece el fusil de infantería como un arma integrada por:

- el cañón, con un mecanismo (alza) para facilitar la puntería;
- un percutor para inflamar, por el choque, el cartucho;
- un aparato para oponerse a la salida de los gases por la parte posterior del cañón (mecanismo de cierre);
- un mecanismo para extraer las vainas disparadas (extractor);
- un dispositivo que imposibilite un disparo fortuito (fiador o seguro);

— una pieza para enlace y apoyo de los anteriores mecanismos (caja).

En resumen: un arma a cargar por la recámara de un solo tiro, con cartucho metálico y con su interior o ánima rayada.

Obtenida este arma, y a favor de las ventajas inherentes al cartucho metálico unido al proyectil, los inventores encaminaron sus trabajos a la multiplicación del efecto del armamento, idea que ya existió primitivamente, como lo demuestran los antiguos órganos, cañones de tubos, órganos de bombardas y ribadoquines, en los que se obtenía aquel efecto por el acoplamiento de varios cañones en sentido paralelo o radial, que podían ser disparados sucesiva o simultáneamente.

La adopción del cartucho metálico permitió perfeccionar los órganos de multiplicación de efectos del fuego, naciendo los nuevos ingenios conocidos con el nombre de ametralladoras, en sus dos modalidades, de cañones fijos (modelos Reffye, Cristophe - Montigny, Nordenfeli, etc.) y de cañones móviles (Gatling, Armstrong, etc.).

Esta multiplicación de efectos se logra en las armas portátiles mediante la adopción de los fusiles repetidores con depósitos en la caña, la culata o en el centro, y de capacidad variable, lográndose con ellos una mayor velocidad de tiro al disminuir el tiempo necesario para la carga.

Llegamos en este ligero bosquejo histórico de la evolución del armamento a la aparición del «automatismo», o sea la utilización de la acción del retroceso como fuerza motriz para que el arma realice por sí las operaciones de abrir la recámara, expulsar la vaina disparada, cargar, cerrar y a veces disparar, quedando para ser producidas a mano por el tirador las de apuntar, disparar y alimentar el depósito.

Aunque la idea del automatismo fue más antigua, los primeros modelos de fusil y ametralladora de igual calibre fueron presentados por el electricista Hiram Estevens Maxim el año 1834 en la Exposición de Ciencias y Artes celebrada en Londres.

Esta idea del automatismo llamó extraordinariamente la atención, y a partir de sus primeros modelos Maxim los perfeccionaba en 1887, y sucesivamente otros inventores, obteniéndose notorio adelanto con la invención de la pólvora sin humo.

En la actualidad el armamento de la Infantería, que a principios del siglo presente estaba integrado solamente por el fusil o mosquetón, la pistola y la ametralladora, ha sido incrementado con el fusil ametrallador, granada



de mano, morteros ligero y pesado, cañones antitanques y de Infantería, ametralladoras antiaéreas, lanzallamas y carros.

A la vista de este múltiple y variado armamento, que hace más compleja y técnica la dirección y ejecución del combate, quizá algunos de nuestros compañeros de Arma añoren románticamente aquella «Infantería de «fusil» y «alpargata» de sus años juveniles y estimen que ha perdido su clásica movilidad; pero abrigamos la seguridad de que, aparte de que la vida es una continua evolución imposible de eludir, a poco que mediten sobre los acontecimientos de la actual guerra, se darán perfecta cuenta que, a pesar del armamento citado, la Infantería tiene una mayor movilidad, pues la alpargata ha sido sustituida por el vehículo motorizado.

No quiere decir esto que desdeñemos la marcha a pie de nuestra Infantería, ya que ella habrá de utilizarse en múltiples circunstancias, y, sobre todo, porque es un medio excelente para el entrenamiento y logro de la aptitud física indispensable, hoy más que nunca, al infante.

Resumiendo lo expuesto, sentaremos las siguientes características:

- El múltiple y vario armamento de que actualmente está dotada la Infantería y las reglas que presiden la dirección y ejecución de su tiro le dan un carácter esencialmente técnico.
- El citado armamento le es indispensable, pues ha de luchar contra otra Infantería dotada de él, y no se concibe, por ejemplo, la lucha de un hombre armado con un palo con otro provisto de un arma automática.
- La movilidad que los modernos medios de transporte dan a las unidades de Infantería afirman y aumentan el «papel principal» que el arma asume en el combate.
- La descentralización del Mando y diseminación características del combate moderno parecen aconsejar la supresión o reducción al mínimo del mosquetón individual, la fusión del fusil-ametrallador con la ametralladora y la dotación a las unidades elementales de Infantería de pistolas ametralladoras tipo Schmeisser.

Para terminar, debemos consignar que la existencia del armamento reseñado en la Infantería aumenta la importancia de la instrucción premilitar (afortunadamente implantada en nuestra Patria), que permitirá un mayor conocimiento del armamento por los ciudadanos, mayor facilidad para su instrucción en filas y una posible reducción del tiempo de servicio en éstas, con innegable economía para el Estado.

Sociedad Anónima de Placencia de las Armas

Talleres en Placencia de las Armas y en Andoain

(Guipúzcoa)

Los carros de combate en las acciones de guerra

Por el COMANDANTE AGULLA

DESDE la aparición de los carros de combate en el campo de batalla, las posibilidades de los mismos, su alcance y empleo táctico ha constituido una de las máximas preocupaciones de técnicos y profanos, habiendo dado lugar a profundas discusiones y teorías más o menos antagónicas o extremistas, manifestadas, desde luego, con la más absoluta disparidad.

El mayor general inglés J. F. C. Fuller, en un artículo publicado poco antes del comienzo de la guerra actual en la revista "The Army Quarterly" decía lo siguiente: "Los soldados a pie ya no pueden, ni quieren, hacer frente a los carros de combate, por lo cual deben ser sustituidos por tropas blindadas". Desde esta teoría audaz y tajante, hasta la de los rutinarios que negaban al carro toda acción importante en el combate, había una extensa gama de opiniones, con matices diversos según la apreciación de las diversas formas de actuar los carros en el combate.

La guerra actual ha venido a flexibilizar los criterios, estabilizando y equilibrando los inquietos platillos de la balanza, al demostrar que si en ocasiones correspondió al carro la acción decisiva de la batalla en su empleo genérico como arma—la llamada Arma Blindada, que hizo creer a muchos en la aparición de una especie diferente de las clásicas—, en otras el carro no ha sido sino un medio más que ha cooperado a la acción de la Infantería, según procedimientos variables con las circunstancias y modalidades del terreno, enemigo y misión asignada.

Ello ha hecho decir recientemente, en el pasado invierno, al general alemán Wagner, que las tropas a pie, la Infantería, no han perdido su actualidad ni terminado su papel, ese papel que Fuller les asignaba, y que pueden, como de nuevo lo ha demostrado la guerra, hasta rechazar ataques de carros siempre que estén bien instruidas, dotadas de moral, provistas de la necesaria defensa anticarro y apoyadas por la Artillería, opinión que confirma la del general francés Altmayer, quien reconociendo las grandes posibilidades de la Arma Blindada, advierte que no se puede esperar de ella la resolución de todos los problemas de antes, durante y después del combate, ni puede sustituir a las otras Armas.

Es cierto que la actual guerra ha confirmado las doctrinas que rechazaban el empleo de carros aislados y en secciones. Ello, en realidad, no hace sino corroborar lo que se puso de manifiesto en nuestra guerra de Liberación, de la que se obtuvieron las primeras consecuencias prácticas derivadas de la experiencia de estos ingenios, que llegaron a nuestro país, si no con la mayoría de edad que hoy los caracteriza, sí con un desarrollo suficiente para poder sentar afirmaciones tanto por lo que a su empleo se refería, como asimismo a su armamento, estructura y características.

Consecuencia de estas experiencias y fruto de los estudios y prácticas, realizados muchas veces en el campo de lo bélico, las diferentes doctrinas de empleo de carros que eran vigentes en 1939 poseen, en síntesis, reducirse a dos: la francesa, partidaria de la buena protección y fuerte potencia—armamento y blindaje— para actuación en íntima cooperación con la Infantería, y la inglesa que, partidaria de sacrificar el blindaje a la velocidad, propugnaba su independencia de la Infantería y Artillería, para utilizar al máximo las cualidades de velocidad y autonomía de los carros.

Alemania, limitada anteriormente por las restricciones que le impuso el Tratado de Versalles, llegado el momento de su opción, se apoyó en la tesis inglesa y ella le sirvió de base para la organización e instrucción de sus maravillosas divisiones acorazadas de tan brillante actuación.

En la actualidad, las doctrinas de empleo de los carros parecen polarizarse alrededor de estas tres soluciones: empleo de unidades de carros—batallones o regimientos—afectos para el combate a las tropas normales en íntima cooperación con ellas; creación desde tiempo de paz de divisiones acorazadas—integradas por regimientos de carros, Artillería, Ingenieros y Servicios—capaces de desenvolverse por sí mismas, con autonomía e independencia, ciertos cometidos en el cuadro general de la batalla, y una tercera solución, ecléctica, en la que se adoptan parcialmente las dos antes expuestas.

Las acciones se desarrollan actualmente según cualquiera de estas soluciones, indicando que se ha llegado a una flexibilización de los criterios, adaptándolos a los casos concretos de las acciones que se desarrollan, y desde la batalla de Egipto—cinco divisiones acorazadas de Rommel contra seis de Montgomery—a las operaciones caucásicas, se demuestra la adaptación juiciosa y ponderada a las condiciones particulares de cada acción. En el valle del Terek, por ejemplo, actuó el Cuerpo acorazado alemán apoyado por carros de cooperación.

Pasando por alto la evolución de los carros y de las doctrinas de su empleo, vemos que, en la actualidad, la primerísima aplicación de las grandes unidades—Divisiones o Cuerpos acorazados—en los comienzos del conflicto bélico, es la puesta en acción del principio clásico: "Triunfar en una gran batalla inicial". Esta concepción ha sido la del comienzo de la batalla de los dieciocho días de Polonia, la de los Países Bajos, batalla de Francia y, últimamente, en el teatro de operaciones ruso, que, dando comienzo con la batalla de las fronteras—Byalystok, Lemberg—, determinó en fulminantes avances de los Cuerpos acorazados la dominación de la primera fase hasta llegar a la llamada línea Stalin.

En general, se puede decir que las misiones asignadas a las divisiones acorazadas en la batalla ofensiva pueden ser: ruptura del frente, explotación del éxito alcanzado y persecución del enemigo. De ellas, la primera es una modalidad de concepción reciente, consecuencia de las experiencias de nuestra guerra, en la que los carros experimentados pusieron de manifiesto la escasez de sus blindajes y armamentos, ante las armas de la defensa.

Por todo ello, la división acorazada rompe con sus carros, elemento vulnerable de su masa, previa una violenta preparación de Artillería y Aviación; abierta la brecha con el empleo de esta masa de enorme fuerza viva, roto el despliegue enemigo en un punto o una zona, sucede al carro—que carece de capacidad de ocupación, de conservación del terreno ganado (pisa el terreno, pero no es dueño de él)—una Infantería transportada en vehículos protegidos con blindajes suficientes para cubrirla de las armas automáticas de la defensa. Con esta Infantería se ocupa la brecha y consolida el terreno y, posteriormente, por esa brecha abierta se lanzan elementos rápidos, veloces, que ya no requieren una protección tan sólida, y que, constituidos por motocicletas o autoametralladoras-cañón, llevarán a cabo la explotación del éxito y la persecución del enemigo en repliegue, impidiendo su reorganización.

De este cuadro general del combate se deduce: que la estructura de estas unidades acorazadas es compleja y heterogénea para poder satisfacer las misiones asignadas. Requiere unos elementos ligeros, blindados y no blindados, a los que se ha de encomendar las misiones de reconocimiento y persecución; otros elementos blindados de combate, núcleo principal de la misma, su masa de acción, que, según los diversos tipos adoptados en di-

versas naciones, oscila alrededor de los 500 carros entre los de tipo medio y pesado, entendiéndose por tal los superiores a las 25 toneladas; otros elementos de ocupación del terreno, constituidos por Infantería y Artillería transportadas y otros, en fin, de restablecimiento de las comunicaciones, organizaciones defensivas, transmisiones y abastecimientos; todo ello transportado sobre vehículos capaces de seguir la progresión de los carros.

Por lo que a carros pesados se refiere, se emplearon especialmente en la primera fase de la batalla de Rusia los que podríamos llamar extrapesados, siendo los más empleados por los soviéticos un tipo de 43,5 toneladas, otro de 45 y un cañón sobre carro de 52, habiéndose hablado, sin que hasta la fecha se haya tenido noticia de su empleo, de un "acorazado terrestre" de 1.000 toneladas, con seis cañones en tres torres dobles. Inglaterra y Alemania han llegado, al parecer, hasta los pesos de 30 y 32 toneladas; Estados Unidos ha construido recientemente uno de 60 y Francia puso en acción el llamado carro "3-C" de 81,5 toneladas, con blindajes hasta de 54 milímetros.

De todas maneras, parece acusarse una tendencia a la restricción en el empleo de estos carros, cuya construcción es extraordinariamente costosa, su empleo limitado, con velocidad escasa y que, por no ser de utilidad permanente, no parecen compensar eficazmente estos efectos con sus características positivas de armamento, blindaje y capacidad de franqueamiento de obstáculos, que, como en el caso del "3-C", se elevan a cifras tales como salvar zanjales de 5,90 metros, cursos de agua de 1,80 de profundidad, cortaduras verticales de 1,70 y son capaces de derribar árboles de 0,65 metros de diámetro.

El empleo de las grandes unidades acorazadas es eminentemente ofensivo, pues por razones fáciles de comprender, carecen de condiciones para la acción meramente defensiva, ya que en realidad en la batalla defensiva su empleo queda limitado a una acción, o, mejor, reacción ofensiva, cual es el contraataque y restablecimiento de los frentes. Se advierte por ello que no pueden ser empleados sistemáticamente en todas las situaciones, ya que en muchos casos el terreno imponerá su tiranía, que llegará a impedir o a no aconsejar su empleo. Por otra parte, la obligatoria escasez de ellas, hará que no se pueda disponer de las mismas en determinados puntos, máxime dada la extensión actual de los frentes de combate.

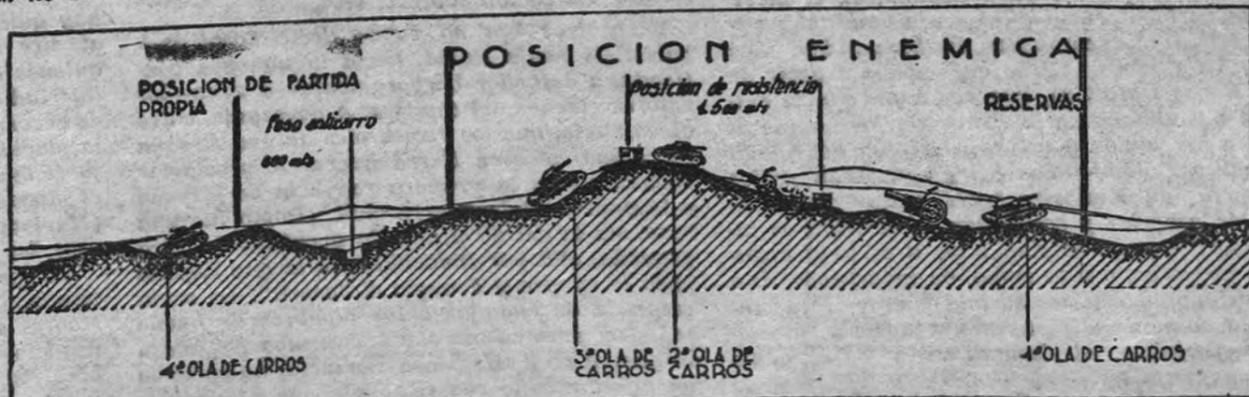
Por ello es imprescindible, en la mayor parte de los casos, emplear los ingenios blindados en cooperación con la Infantería, superponiendo, al efecto, a los regimientos normales de esta Arma los batallones o regimientos de carros que se consideran indispensables. Se trata entonces, y como siempre, de efectuar una profunda penetración en el despliegue adversario y pueden los carros recibir misiones diferentes, según el propósito del Mando:

Pueden, en primer lugar, acompañar a la Infantería durante todo el ataque, actuando en íntimo con ella para reducir o acallar las resistencias que se oponen a su progresión, lo cual requiere un enlace tan estrecho, íntimo y constante, que se imponga que tales carros estén a las

órdenes inmediatas del jefe de la Infantería que ataca, por lo cual se dice que desempeñan una "misión de acompañamiento". Esta puede desempeñarse en dos formas: lanzándose la Infantería al ataque, siendo posteriormente rebasada por los carros antes de llegar a los objetivos, o bien, partiendo los carros en primer lugar y luego la Infantería, la que emprenderá la marcha cuando aquéllos hayan comenzado a acallar o neutralizar las ametralladoras y armas que se oponen al avance de dicha Infantería. Puede decirse que no existen reglas fijas para adoptar una u otra forma de acción y su elección depende siempre de los obstáculos que se opongan a la marcha de los carros, la potencia de las armas enemigas, especialmente su Artillería y la moral de la Infantería propia.

Pero también estas unidades de carros pueden recibir la misión de proceder ampliamente a la Infantería, e incluso a los carros que la acompañan, para penetrar más allá de los objetivos asignados, a fin de destruir o atacar las armas que se opongan al conjunto Infantería-carros que les sigue, o para atacar los ingenios enemigos que aparezcan en el terreno de la acción, o, en último término, para agredir a los órganos de mando enemigos, lo que Fuller denomina "ataque al cerebro enemigo". Para estas misiones se comprende que es necesaria una coordinación con la Infantería atacante, pero no una directa subordinación a sus jefes, por lo que a estas misiones se las denomina de "maniobra de conjunto", y para ellas se emplean carros más rápidos y potentes, así como mejor blindados que para las misiones precedentes. La misión de maniobra de conjunto se puede desempeñar, partiendo los carros antes que el conjunto de Infantería-carros de acompañamiento, al mismo tiempo que éste o después de él para rebasarle sobre la marcha, criterios de empleo que serán determinados en cada caso, según las condiciones de la acción.

En resumen: se ve que aun con la actual extensión del empleo de los carros en el combate, la Infantería sigue llenando el papel básico de ocupar y defender el terreno conquistado, sin haber cedido un ápice de su reinado en la batalla. Para ella no hay prohibiciones de terreno ni obstáculos; nada la detiene y es por sí misma, con sus propios medios, capaz de desarrollar una acción ofensiva o defensiva, sin que el factor hombre, su base, haya perdido nada de su valor. Y si esto es en abstracto, en general, en la aplicación a nuestro país y a nuestro territorio, más notoria aún es esta verdad, tan evidente y tan clara que el propio general Fuller, en una de sus obras, al hablar de España dice: "Semejante país resulta ideal para una combinación de guerra muscular y de guerra mecanizada; porque mientras las armas más antiguas pueden ocupar las montañas, las más nuevas pueden recorrer los llanos..." Es decir, que en España se seguía concibiendo el papel esencial de la Infantería en la batalla..., y eso que, cuando tal escribió no había visto aún combatir a la Infantería española, esa que, según frase de un general alemán durante nuestra guerra, "es la mejor Infantería del mundo".



ATAQUE DE LA DIVISION ACORAZADA.—La primera ola de carros se dirige sobre las reservas y carros enemigos, así como sobre los órganos de mando; la segunda completa la destrucción de la posición principal de resistencia y ataca a la artillería y armas anticarro inmediatas; la tercera neutraliza las ametralladoras de la posición de resistencia y apoya el paso de la Infantería; la cuarta queda en reserva del Mando, y se emplea en maniobras envolventes de las resistencias y para explotación del éxito con motoristas y autoametralladoras.

OTRA VEZ LA INFANTERÍA

División Azul

Por RAFAEL GARCIA SERRANO

me encontraba en un sanatorio cuando los periódicos publicaron las primeras intervenciones de la División Azul. Al mes escaso tuve otra noticia: Eugenio Arizcun había caído. A él—y a los que defendieron sus últimos instantes—dedico estas cuartillas, pequeña historia de una generación.

I

Las ideas valen lo que los hombres, y los hombres, hasta bebiendo, hasta besando a una muchacha—“no se ama igual bajo la república que bajo el imperio”—van derramando ideas. Cuando un hombre salta desde la conveniencia a la conciencia y vive con arreglo a normas que le brotan de dentro—como un suspiro si es romántico, como un teorema si es clásico—se suele decir que ese hombre tiene estilo. Vivir ajustado al pensamiento; opio, sin preocuparse de nada, sin pensar en las gentes heridas por nuestra conducta, es tener estilo: tener virtud. Ningún hipócrita tiene estilo: el estilo del hipócrita es la bilis, el descontento, el vicio.

Pues bien, toda una generación española fue educada con arreglo a una divertida madrugada social. El respeto a lo establecido, por ejemplo, a los senadores; el acatamiento a las fórmulas narcóticas, por ejemplo, a la libertad; la sumisión a los poderes constituidos, por ejemplo, a dos docenas de señores cueros, rechonchos, ingeniosos y pirandones. Esta generación saltó un día sobre su propia conciencia y dió al traste con todo. Mientras tanto, sus hermanos pequeños merodeaban por el bachillerato, aprendiendo las asignaturas furtivamente, porque les llenaba de instintiva vergüenza hacer la gimnasia en una sala llena de polvo, a las secas órdenes de un profesor anticlerical, cuando fuera cantaban al sol las campanas y en las paredes de la catedral se podía jugar a pelota. Porque les daba vergüenza estudiar Historia con un profesor que principió en Cenabajas, que había sido de la Dictadura, de Berenguer, que sufrió terribles indecisiones una mañana de abril, entre la casaca y la guillotina, mientras sus alumnos la gozaban viendo a la Guardia Civil por las calles, y que, al fin, se había aposentado en el partido radical-socialista. Algo así como un chaqué con corbata roja.

De la Historia se estudiaba la letra gorda. La pequeña no vale, decía el campanudo profesor, si el tema señalado era largo. Habló tanto, el pobre—que, por cierto, ya me figuró hacia donde se balancea en estos instantes—, de los comuneros, que los hermanos menores de los iconoclastas nos quedamos, yo era uno de ellos, ayunos de Carlos V. De Felipe II se nos contó que era una especie de vesánico peligroso, y de Enrique VIII, el profesor de Fisiología nos dijo—en un inciso de su conferencia sobre los órganos de reproducción, página 81, por la que se abrían todos los libros, singularmente los de los colegios—, que ese era un rey como él los hubiese querido para España, en el inevitable período monárquico por el que, al parecer, tuvo que atravesar la humanidad. Los Reyes Católicos... Pero qué vamos a decir de los Reyes Católicos, que acabaron con la cultura musulmana en la Península, que expulsaron a los judíos y que se sirvieron del genial israelita Colón—todos los genios eran judíos mientras duró nuestro bachillerato—para descubrir América y esclavizar a los dichosos indígenas, que se comían unos a otros y andaban encueros, o a lo sumo, en taparrabos, como unos burgueses socialdemócratas que todavía no se decidiesen, atonzados por un atávico prejuicio, al desnudismo integral. (Una anécdota importante: juró, que después de la revolución del 34, un socialista me preguntó furibundo: ¿Y quién les mandaba a los Reyes Católicos descubrir América?)

Tiempo feliz. Para compensar la letra pequeña organizó una excursión a Francia. Afortunadamente,

el Estado liberal había previsto esa posibilidad, y en primero, segundo y tercero, nos enseñó francés. Gracias a eso no sabemos francés y gozábamos de lo lindo. El recuerdo de 1808 nos inundaba el alma. Aún en nuestra tierra se apedreaba a los mendigos franceses. Ocho horas en Francia: Biarritz, Bayona, San Juan. Soldados azul horizonte, que nos estasiaban por contraste con el caqui poco coquetón de los que en España guarnecían fábricas un día de huelga. Y unos monumentos a los muertos de la guerra.

—¿La del 14 al 18?

—Muy bien. Esa. Fue horrible. Yo, aunque francófilo llevaba un botón en la solapa que decía: no me hable usted de la guerra. Las personas sensibles sufrimos mucho.

—Y ellos, ¿por qué lucharon, por qué murieron?

—Por la libertad de los pueblos.

—¿Ah, por la libertad...!

Naturalmente, nosotros nos lo creíamos. Era nuestro deber de alumnos, y por un señalado favor de Dios pertenecemos todavía a una generación que desde su nacimiento ha permanecido fiel al deber. Un duro deber.

II

La peripecia de nuestra juventud todo el mundo la sabe. Los hechos están ahí, desnudos como la verdad. Cada cual los ve como quiere, pero solamente nosotros conocemos la íntima razón de nuestra renuncia a las cosas cómodas y bellas. Que nadie nos crea unos profesionales del alboroto. Saltamos de la conveniencia a la conciencia: quedaron detrás los libros—unos libros que ya amábamos—, el verso, el inefable descubrimiento del amor, la tierra, el trabajo y el descanso, la fiesta, la paz y la vida. Y en este salto gigantesco—nuestro salto de Alvarado—muchos camaradas dejaron “la existencia por la esencia”. ¿Entienden? Y vino otra vez la paz. En la paz—que se confundió fácilmente con la holganza—se engendró la discusión, el distinguo, el matiz. ¿Ah, qué doctos, qué sabios frente a nosotros, los viejos profesores! Ellos sabían hablar y nosotros apenas actuar. Ellos tenían la cultura: nosotros, calientes aún, los bárbaros fusiles que defienden la cultura. Nos cercaban a derecha e izquierda. Suena, ¿verdad? Veámoslos llegar monstruosos razonamientos desde la otra mitad del bando anciano: —Bien, bien: me parece muy bien que hayáis luchado por la unidad. Bien por la grandeza. Pero ¿la libertad? ¿Qué es eso de luchar por la libertad? (Verídico).

Entonces, un día, estalló lo de Rusia. La lucha que lo mejor del mundo esperaba había tiempo. Enmudecieron los profesores, los sofistas, los sabios. ¡Ah!, esto ya es cuestión de tiros. Yo soy el espíritu. Yo soy lo superior. Esto de ahora es tarea de gentes de acción, de vosotros, que ponéis el hecho sobre el pensamiento. La acción sobre el verbo.

Y vosotros—ya no puedo decir nosotros—partisteis hacia Rusia, hacia la inmensa contienda, a defender bárbaramente—a tiros—los valores eternos del espíritu. A conseguir, entre otras cosas, que los recios pies de una España rescatada pisasen tierra nueva. A proclamar solemnemente la primera renuncia de España a la guerra. A la guerra civil. (Como fue una renuncia la del 60 y aquella aventura de letra pequeña, allá por Indochina, en la que España puso la sangre y Francia el “esprit”). La sucia cuquería de engañar a los hombres de buena fe). Con vuestra marcha renunciaba España a la guerra civil. Hermosa renuncia, no como la de aquel rebaño constituyente que renunció a la guerra, para al final enzarzarnos hermanos contra hermanos. Vosotros ibais, divisionarios, a empalmar de un salto; linpianamente—qué histórico brinco—, nuestra Historia a la gran Historia. Ibaís, “contra los padres, junto a los

antepasados”. Ibaís con el honor y la humana venganza en la mochila. Yo sé que me entenderéis si os digo que preparabais hazañas como las de la letra chiquita, en el texto de Historia de nuestro bachillerato: grandes hazañas que no podían interesar a los menudos espíritus que nos educaban a la ginebrina. La letra pequeña que leíamos como una grandiosa novela, ahora iba con vosotros, en vosotros; y aquí podíamos verla crecer y alcanzar los grandes titulares de los periódicos.

Desde la galera de reposo, entre los pinos, rodeado de Guadarrama, de presagios de nieve—y en el horizonte los nobles colores velazqueños, la llanura, las cortesanías encinas—yo trataba de imaginar el aire de vuestro paso hacia Alemania. En las noches claras de aquel verano que tenía impacencias de primavera, las estrellas—luminosas, exactas, divinas—miraban, admiraban, cómo a los costados de vuestro tren, Europa se engalanaba con voces que un tiempo fueron de mando. Ni Avila, ni Burgos, ni Irún os extrañaron; si en Irún ya disteis—¿os acordáis del chirimirri y del juego?—la primera campanada, en septiembre del 36. Después, en Francia, quizás Brantome os encontrase la traza principesca, el mismo gentil continente de los soldados que él conoció: pero Brantome siglo XX, era, con seguridad, uno de esos ferroviarios que os saludaban puño en alto, prudentemente, cuando ya la salida del convoy estaba dada. ¿De Richelieu a Verdier, o a Maritain, hay algún paso? Pues bien, admirables enemigos: ahí van esos, los de siempre. Las fanfarrias alemanas, al cruzar la frontera, saludaban a los soldados del duque de Alba. A los dos lados del tren, historia española. Parece, señores, que ya se acabaron definitivamente, por obra y gracia de ese puñado de hombres, los trágicos “especialistas en guerras civiles”. Iban en modestos trenes los menudos soldados del Gran Capitán, del gran Duque, de D. Juan de Austria. Los escuadristas de José Antonio que mandó Franco. Y también, los hermosos y desesperados combatientes de Weyler. Iban todos.

Luego, han ido cayendo. Wolchov, Ilién, Petersburgo, Novgorod... Nombres sonoros y humildes, nombres que sólo conocerán el camarada, la madre o la novia. Isbas llenas de canciones amadas, hogueras acogedoras, frío que mella los huesos. La guerra. Pero el mundo—que da vueltas—ha dicho: otra vez la Infantería. ¿A qué Infantería ha de referirse, sino a aquella de la única Patria en que todos—artillero, aviador, técnico, marino—, todos son de Infantería? El humilde aguante de cada día y de cada noche, la milagrosa acción, la marcha inverosímil: con eso habéis ganado para España el respeto del mundo.

“Qué bien supimos quererte con la sangre, Patria de la Infantería...”

A vino os sabe el verso. Y, sin embargo, aquí hay quien duda, quien razona bizantinamente, al aire las barbas doctorales. Hay gentes a quienes asusta nuestra libertad recobrada. La libertad que vosotros ganasteis con la decisión de recorrer Europa. Hay gentes que preferirían la plácida esclavitud, gentes podridas—del viejo tiempo cochambroso—que tiene del honor el mismo concepto que una cocota parisina. (Hablemos un poco de París, camaradas...) A esos, les asustan vuestra gente y vuestro gesto.

Yo los llevaría hasta las tumbas lejanas de vuestros camaradas; los llevaría a todos: profesores de Historia, de Fisiología, hombres de negocios, traficantes, literatos lunares, hombres exquisitos, obreros conscientes, obreros inconscientes, predicadores, bravos o blancos; a todos los que toman el pulso al mundo en la bolsa y no en el corazón, a todos los llevaría yo allí, para que oyesen de labios de los muertos la respuesta a su necia pregunta.

—Sí, por eso fué. Fué por la libertad.